NOVELA INEDITA

Serie terror
THANATOS

# Curtis Garland

## Vuelve «Jack el Destripador"

EDICIONES FORUM

Curtis Garland

# Vuelve «Jack el Destripador»

EDICIONES FORUM

1.ª edición: abril 1985
Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88 planta 5.ª 08008 Barcelona.

© Texto: Curtis Garland
© Cubierta: Prieto - Ag. Norma

ISBN: 84-7598-098-8
Depósito Legal: M. 12.374-1985
Fotocomposición: T. G. S.
Luis Millet, 69 - Esplugas (Barcelona)
Impresión: Gráficas FUTURA. Sdad. Coop. Ltda.
Villafranca del Bierzo, 21-23.
Fuenlabrada (Madrid)
Printed in Spain - Impreso en España, abril 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son Ficticios.
Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

# PÓRTICO

Ésta es una historia real.

Real hasta cierto punto, claro. De otro modo, no sería una novela. Y ésta lo es. Aunque sus crímenes en gran parte sean reales, sus hechos auténticos y sus detalles ajustados a los existentes en los archivos de Scotland Yard, en el *dossier* sobre las posibles víctimas de Jack el Destripador.

Sobre el célebre asesino londinense, de aquel «otoño del terror» de 1888, se ha escrito mucho y se han realizado filmes, obras teatrales y toda clase de ensayos criminalistas. Pero todos han estado siempre de acuerdo en que el asesinato de Mary Kelly, la más joven y bella de sus víctimas, elegidas entre las incontables prostitutas que pululaban por Whitechapel, el barrio más mísero del Londres Victoriano, fue el último de la sangrienta serie de Jack. El «horror de
Miller's
Court», como se le llamó —y con toda la razón del mundo—, a ese presunto último crimen del Destripador, puede que fuese, en efecto, la última «hazaña» del temible asesino del East End. Pero no hay ninguna seguridad sobre ello, pese a cuánto afirmara Scotland Yard en su tiempo.

Porque después hubo otros crímenes de factura semejante, sospechosamente próximos a la terrible «serie» admitida por todos como la única atribuible al jamás desenmascarado criminal. Esos crímenes, olvidados por muchos historiadores del Destripador, están aquí ahora, en este relato. Nombres, lugares y hechos, son los mismos de la realidad. Otras cosas, no. Y la teoría del autor es tan gratuita como puede serlo cualquier otra, en torno al siniestro personaje.

No olvidemos que, muy recientemente, parecen haberse aportado pruebas fehacientes, ocultas en su tiempo por razones

obvias, de que el Destripador pudo ser ni más ni menos que el Duque de Clarence, nieto de la reina Victoria. El hombre que pudo haber llegado a ser heredero de la corona británica, murió en 1892 víctima oficialmente de la gripe, en la residencia real de Sandringham. Pero existen serias posibilidades de que su muerte ocurriese en una clínica privada de Ascot, víctima de una sífilis cerebral irreversible. Y que sólo cuatro años antes de morir loco y paralítico, hubiese sido el autor de las muertes, según esa teoría señalada por un médico de la propia familia real, y confirmada por algunos estudiosos del tema.

Esta novela no pretende enmendar teoría alguna. En realidad, como el lector podrá comprobar, su intención va por otro lado que no es del caso revelar ahora aquí. Pero ello serviría, cuando menos, de explicación más o menos plausible a una serie de asesinatos cometidos también en ese mismo período y que, por razones poco sólidas, han sido descartados como obra del propio Destripador.

Ahora, amigo lector, feliz viaje al Londres victoriano y al East End del terror, de la niebla y de la miseria, a través del túnel del tiempo de estas páginas, y que este relato sea, cuando menos, un pretexto para la evasión, ya que no una certeza de que las cosas pudieron ocurrir realmente así y mucho menos de que el culpable de unos asesinatos sin desvelar jamás, fuese quien el autor ha decidido.

CURTIS GARLAND

# CAPÍTULO 1

Era el día después de Navidad.

Rose Myllet, más conocida entre la vecindad como Lizzie Davis por motivos que sólo ella conocía, ya que ocultar el nombre verdadero con un alias era una costumbre muy habitual entre las rameras de Whitechapel, estaba contenta esa noche. Durante las fechas navideñas, los clientes habían sido particularmente generosos con ella, tal vez porque en esos días siempre se tiene algo más de dinero en el bolsillo, puesto que ella dudaba mucho de ese tópico de la bondad humana que se acentúa en las Pascuas para ser más desprendido con sus semejantes. Además, ella se consideraba una mujer merecedora de esa generosidad, dadas sus cualidades físicas y su experiencia en las lides amorosas.

Aquella Navidad había sido particularmente feliz para toda la profesión, porque según la Policía, Jack el Destripador ya no existía y no había nada que temer. Nadie sabía a ciencia cierta las razones que pudiera tener Scotland Yard para hacer semejante afirmación, pero lo cierto es que desde aquel horripilante nueve de noviembre en que apareciera destripada y mutilada Mary Kelly en su habitación de
Miller's
Court, el temible asesino no había vuelto a hacer acto de presencia en las sórdidas callejas del East End.

Las mujeres de la calle, tras unas semanas de incertidumbre, dudas y recelos, habían acabado por lanzarse de nuevo a su tarea con renovado entusiasmo. Y Lizzie Davis, o Rose Myllet, como figuraba de verdad en sus documentos, era una de ellas.

No se arrepentía de ello aquella fría noche de diciembre, ya pasada la Navidad y con la esperanza del fin de año a la vuelta de la esquina para incrementar el «negocio». Su faltriquera estaba repleta de monedas, algunas de ellas de oro, y regresaba a casa

canturreando entre dientes, feliz por la buena cosecha conseguida. La niebla se había espesado en exceso, pero ya nadie en Whitechapel ni en Spitalfields esperaba ver surgir de la bruma la espantable figura tantas veces descrita, con el macferlán y sombrero negros y el maletín donde se suponía que el Destripador guardaba su bisturí asesino.

Pasó junto a un *policeman* a quién dedicó un alegre «buenas noches, agente», dando vueltas a su bolso colgado de la muñeca, y bien envuelto el cuello en la raquítica piel de zorro, bajo la cual se vislumbraba el descote amplio, con su generosa exhibición de busto. Ella sabía que a sus clientes les gustaban los senos abundantes y no tenía reparos en mostrar la mercancía.

Llegó cerca del callejón que conducía a su *slum*, o patio interior con viviendas colectivas y miserables, tan propias de aquel distrito. El policía había quedado ya muy atrás, desapareciendo en una esquina, y una farola brillaba débilmente en la bruma ante ella, con un halo difuso y amarillento. Lizzie recordó que guardaba una botella de ginebra en su cuarto y eso la hizo apresurar jovialmente el paso. Había bebido poco esa noche en la taberna, al acumularse la clientela durante varias horas. Tenía sed. Un buen trago, antes de dormir, la haría conciliar mejor el sueño para recuperarse del cansancio.

Penetró por el angosto arco que conducía al pasaje.

El hedor a basuras y desperdicios del cercano matadero hirió su olfato, como cada noche, y Lizzie hizo un gesto de repugnancia, difuminado en aquella densa niebla que parecía enroscarse en torno a sus tobillos y a los zapatos de alto tacón como un humo surgido del mismo infierno.

—¡Peste de barrio! —murmuró con disgusto—. Algún día me iré a un sitio mejor, a vivir como una verdadera dama, maldita sea…

Era su sueño. El sueño de todas. Algunas llegaban a casarse, incluso, y dejaban la profesión. Pero muchas de ellas volvían luego con otro nombre, para ocultar su fracaso. Ella, por ejemplo. El señor Myllet sólo Dios sabía dónde andaría ahora. Pero eso a ella ya no le importaba. Ya no era Rose Myllet, sino Lizzie Davis.

Sus tacones resonaron huecamente en el empedrado sucio de la callejuela. Un gato tiñoso soltó un bufido al sentir en su rabo un leve pisotón, y escapó, derribando una pila de desperdicios

malolientes que golpearon los pies de Lizzie.

Juró entre dientes como nunca lo haría una dama, y siguió adelante, canturreando aquella tonada para olvidarse de los malos olores y de la suciedad que la rodeaba. En alguna parte, alguien tocaba un organillo perdido en la bruma fría.

De repente, supo que no estaba sola.

No era una sensación nueva en aquellas callejuelas, y menos para ella. A veces le gustaba no sentirse sola. Eso significaba, en ocasiones, un cliente más. Pero esta noche era distinto. Estaba fatigada y había reunido suficiente dinero. Sólo quería tumbarse en su cama a dormir, a relajarse y descansar. Otras veces, el encuentro casual en el dédalo tortuoso de Whitechapel significaba el hallazgo de un vagabundo, un enfermo demasiado débil para caminar o un maleante dispuesto a desvalijar a cualquiera con un cuchillo bien afilado.

Claro que, en tiempos recientes, el posible tropiezo nocturno había significado algo mucho más escalofriante y terrible.

Jack el Destripador.

Un nombre que helaba la sangre en las venas a cualquier prostituta o mujer de la calle del East End londinense.

Una amenaza espantosa para cualquier desgraciada meretriz perdida en la niebla.

Pero eso había quedado atrás, al parecer. Desde que a la pobre Mary Kelly la asesinaron y mutilaron horriblemente en su vivienda de
Miller's
Court un nueve de noviembre, precisamente solo un mes y diecisiete días atrás, el asesino no habría vuelto a dar señales de vida. Scotland Yard había advertido de la casi segura desaparición o muerte del temido personaje, tranquilizando así a todas las rameras de Whitechapel y de Spitalfields.

Ahora, de repente, la alegre Rose Myllet, o Lizzie Davis, como gustaba de ser llamada, no podía evitar pensar en ello, al sentir aquella vaga presencia humana en el callejón que conducía al *slum*.

—Dios mío, si fuera él… —pensó con un estremecimiento de horror.

Pero siguió adelante, convencida de lo necio de sus temores. Casi con toda seguridad, se encontraría de un momento a otro con

algún harapiento sin hogar, ni un solo penique que gastar en pan, dormitando en el callejón o deambulando sin rumbo fijo, en busca de un poco de caridad cristiana.

La niebla en derredor suyo era como un cerco de masa gris, espesa y maloliente, una humareda que no se disipaba lo más mínimo y parecía invadirlo todo con un contacto húmedo y viscoso.

En esa niebla se dibujó una silueta humana, un perfil en negro ante sus ojos, repentinamente. Lizzie se paró en seco esta vez. La silueta se marcaba claramente sobre el fondo brumoso, alumbrada tan sólo por el reflejo de un lejano farol de alumbrado público.

Parecía llevar una capa negra muy amplia y se tocaba con un sombrero negro, de alas muy anchas, bajadas sobre el rostro. Emergió de la noche como una siniestra amenaza. Sin embargo, la voz que sonó en la bruma era apagada, casi suave, educada y correcta.

—Buenas noches, señorita.

A Lizzie hacía años y años que nadie la llamaba «señorita». Casi había olvidado ese término. Le halagó en principio, desvaneciendo gran parte de sus inquietudes interiores. La voz del desconocido, aunque algo ronca, era de persona culta, refinada. Bastaba con oírle pronunciar las palabras para saberlo.

—Buenas noches —respondió ella con instintiva coquetería, arreglándose un poco el cabello con la mano, y estirando el vestido para que su descote se acentuara lo más posible y revelase la turgencia de sus pechos. La idea de aumentar sus ingresos con unas guineas más, la hizo olvidar su cansancio físico, y se expresó sugerente—: ¿Busca algo concreto, caballero? Este pasaje conduce a mi casa…

—Lo sé —afirmó la voz ronca en un susurro. El hombre estaba ante ella ya, impreciso pero concreto a la vez, una simple sombra en la niebla, pero recortándose nítidamente sus perfiles en el resplandor distante de la luz de gas—. Tú eres Lizzie Davis, ¿verdad?

—Así me llaman —ella se mostró sorprendida—. ¿Me conoces?

—Te busco. Me dijeron que te encontraría por aquí.

—Bien, pues ya me ha encontrado —suspiró Lizzie, renunciando definitivamente a su anhelado descanso—. Si puedo hacer algo por usted…

—Puedes, preciosa —dijo la voz susurrante con calma—. Claro que puedes.

Una mano enguantada se deslizó en la niebla, acariciando el cuello de la ramera. Descendieron los dedos hasta su descote, abarcando la redondez maciza de sus senos. Se hundieron sin pudor en la hondura del busto, estrujándole las carnes con fuerza. Lizzie jadeó. Su libido se despertaba fácilmente con una caricia, sobre todo si ello implicaba a la vez algún beneficio.

—Vamos, aquí podrían sorprendernos —musitó—. Caballero, venga conmigo, le llevaré a mi habitación. Allí podremos pasarlo mejor. Pero mi tarifa es bastante alta, sobre todo en estas fechas…

—No te importe —le respondió—. Yo siempre pago bien. Pero no necesitamos ir a ninguna parte, Lizzie. Aquí podré hacerlo sin problemas.

—Como quiera, señor —ella se encogió de hombros, diciéndose que los fulanos ricos y cultos eran a veces mucho más caprichosos que los demás—. Después de todo, usted paga. Son dos guineas.

Otra mano enguantada apareció en la claridad difusa, como dibujada en la niebla por arte de una extraña magia. Puso en la mano de Lizzie dos monedas.

—Tu precio —habló roncamente la voz—. Ahora, tu mercancía, Lizzie.

Ella asintió, sonriente. Guardó las monedas en su bien repleta faltriquera, y se subió las faldas mientras una mano buscaba al hombre para iniciar las caricias oportunas, previas al acto sexual.

En ese preciso momento, la lejana luz de gas se quebró en un repentino destello acerado. Algo brilló ante los ojos de Lizzie Davis con súbito fulgor. La mano enguantada movió con decisión aquel objeto plano y brillante. Cayó sobre la prostituta de golpe.

Lizzie gritó, espantada. Demasiado tarde, se dio cuenta de que no era sexo lo que buscaba aquel caballero misterioso. Borrosamente, identificó el objeto brillante que se le venía encima, justo una décima de segundo antes de sentir su frío cortante en la garganta.

Era un ancho cuchillo, un arma parecida a un sable.

Segó su piel y su carne de oreja a oreja. Fue un corte seco, profundo y fuerte, que hendió sus cuerdas vocales y su tráquea, justo cuando un alarido de horror se elevaba más intenso y

desgarrador en la noche. De la garganta cortada escapó un torrente de sangre. Se tambaleó, yendo hacia atrás unos pasos, con los ojos desorbitados por el terror y la agonía. Su agresor la siguió, como una sombra nefasta, flotando el vuelo de su negra capa en el pasadizo lóbrego.

La hoja de acero, chorreando sangre, se clavó ahora por dos veces, salvajemente, en el vientre de la desdichada. Perforó sus ropas, desgarró la faltriquera, de la que cayeron por el suelo monedas tintineantes, y por los boquetes escapó más sangre aún, mientras el arma subía y bajaba, dejando tremendos desgarrones en el cuerpo femenino.

Lizzie se desplomó de espaldas, tras rebotar en un muro húmedo. La vida escapaba a borbotones de su ser, pero ella ya ni lo sentía. Se limitaba a agitar sus piernas, en espasmos, con la cabeza colgando hacia atrás a causa del profundo tajo en su cuello.

Cuando su cuerpo sonó sordamente en el empedrado, el asesino se echó atrás, ocultando el arma sangrante bajo su amplia capa. Los gritos de la asesinada habían sido tan agudos que por fuerza debieron provocar la alarma en el distrito.

Así era. Lejana pero nítida, llegó la nota aguda, estridente, de un silbato policial. La musiquilla de manubrio había cesado, como si el hálito de muerte hubiera llegado al organillero, helándole la mano.

El enlutado asesino miró en torno, antes de saltar ágilmente sobre el cuerpo ensangrentado que yacía en el pasaje. A sus espaldas, sonaba ya voces procedentes de los alojamientos en el *slum*. Voces excitadas, alarmadas por los alaridos de Lizzie.

Rápidamente, el torvo personaje echó a correr hacia la salida del callejón. La alcanzó en pocas zancadas. Se detuvo, mirando a uno y otro lado. La farola de gas estaba muy próxima ahora, y le permitió descubrir la presencia de un policía que corría hacia el lugar, haciendo sonar rabiosamente su silbato.

El criminal dio media vuelta rápidamente, deslizándose junto a los negros muros pegajosos de mugre y humedad, protegido por el espesor de la niebla. Las pisadas de su calzado de goma negra no producían el menor ruido en el pavimento mojado.

Se tropezó casi de bruces con el hombre del organillo. Éste acudía con su instrumento musical colgado del cuello, a los gritos de la víctima. Ambos hombres chocaron de frente. El músico

callejero, despavorido, alzó la cabeza, mirando al fugitivo.

Su impresión fue terrible.

Un grito ronco, inarticulado, brotó de su garganta al ver al reflejo de la farola callejera un rostro espantoso bajo el ala del negro sombrero. Un rostro deforme, monstruoso, lívido y maligno, de saltones ojos vidriosos y boca contraída, en una mueca de infinita maldad. Era la faz misma del Mal la que aquel desdichado veía dibujarse ante él en la fantasmagórica bruma nocturna.

Impresionado, se echó atrás, mientras el monstruo enarbolaba el acero tinto en sangre, que destelló amenazador en la penumbra. Era tal el pánico del músico ambulante que cayó de rodillas, perdido el equilibrio, temiendo lo peor.

Pero el ser monstruoso no se detuvo con él a perder su tiempo. Se limitó a mirarle profundamente, con aquella malvada expresión en su rostro deforme, blandió la hoja cortante, que silbó siniestra en el aire, y luego echó a correr, perdiéndose en la niebla en medio del revoloteo crujiente de los pliegues de su ancha capa negra.

Cuando el policía alcanzó al caído organillero, éste se limitó a balbucear, señalando la cortina de brumas por dónde desapareciera el personaje de rostro horrendo:

—Por allí, agente… Era… era espantoso… Un monstruo de maldad…

El policía le miró, preguntándose cuántas ginebras habría bebido el desdichado, y siguió su carrera en pos del fugitivo, mientras otros muchos silbatos desgarraban la noche de Whitechapel, y un horrorizado agente daba al fin con el cadáver de Lizzie Davis en medio de un espantoso charco de sangre, medio desvendado y con la cabeza casi separada del tronco.

—¡Dios, otra vez! —gimió el *policeman* aterrado—. Ha vuelto Jack el Destripador…

# CAPÍTULO 2

*Should old accquaintance be forget,*
*and never brought to mind,*
*for old long sine my dear,*
*for old long sine…*

Las estrofas alegres y solemnes del llamado Vals de las Velas o Vals de Aniversario, flotaron por la estancia brillantemente iluminada, mientras todos mantenían un respetuoso gesto momentáneo hacia el trance tradicional de despedir un año y recibir a otro nuevo, rodeando la mesa con sus copas de champaña en alto.

—¡Feliz año 1889! —gritó alguien, al terminar la canción.

Las campanas de Westminster daban su bienvenida al año recién estrenado. Los presentes en la fiesta se saludaron, abrazaron y besaron, brindando con sus copas en medio de un ambiente alegre y mundano.

—Se ha terminado un mal año para usted, *sir* Francis —comentó alguien al anfitrión de la fiesta, tras estrecharle cordialmente la mano.

El rostro del caballero de blancos cabellos y patillas bien cuidadas se nubló por un momento, mirando a su interlocutor gravemente.

—Y que lo diga, amigo mío —convino—. 1888 ha sido un mal año para mucha gente, pero en especial para la Policía y para mi Ministerio, se lo aseguro.

—Bueno, *sir* Francis, no todo ha sido malo en el año que acabamos de dejar atrás —terció una hermosa y joven dama de cabellos rojos, acercándose a ellos con la copa rebosante de champaña en su mano enjoyada—. Después de todo, en ese mismo

año desapareció para siempre Jack el Destripador, ¿no es cierto?

*Sir* Francis Gifford, alto funcionario del Ministerio del Interior y comisionado especial para coordinar la acción policial durante aquel trágico otoño pasado, en busca del asesino de Whitechapel, se estremeció levemente, mirando a la que hablaba, y no pudo impedir un fruncimiento de ceño de desagrado, aunque inclinando cortés su cabeza ante la dama.

—En efecto, señora Prowse, así ha sido —convino suavemente —. Pero tenga en cuenta que también
1888 ha
sido el año del nacimiento y esplendor de Jack. Vaya lo uno por lo otro, ¿no le parece? Pero aunque ese monstruo haya desaparecido definitivamente, no por ello podemos olvidar el daño que causó en nuestra sociedad.

—Oh, *sir* Francis, yo siempre pensé que el Gobierno no se preocupaba demasiado por el sector de la sociedad que incluye a barrios como Whitechapel o Spitalfields —comentó con voluble ironía la bella dama pelirroja, tomando un sorbo de su copa.

*Sir* Francis arrugó todavía más su entrecejo, evidentemente molesto con el comentario de la joven. Algo seco, replicó al mismo incisivamente:

—El Gobierno se preocupa de todo el mundo, señora. El propio señor Salisbury[1] me encargó especialmente esa tarea para evitar sufrimientos y temores a esos barrios.

—Enternecedor —sonrió burlona la dama—. Si el señor Salisbury se ocupara con tanto celo de darles de comer a esos desgraciados, no se vería tanta miseria en el East End, *sir* Francis.

—Señora, los males del Imperio son muchos y los recursos pocos —se irritó *sir* Francis con evidente ira—. Ahora discúlpeme, debo atender a otros invitados.

Se alejó, erguido y molesto, con su aire marcial de viejo combatiente de las Colonias, convertido en alto funcionario gubernativo. La bella e irónica señora Prowse se limitó a contemplar su marcha con un gesto burlón en su atractivo rostro.

—De nuevo se ha propasado en sus comentarios, *lady* Prowse —dijo alguien a sus espaldas.

Ella se volvió vivamente, encarándose con el joven alto, arrogante y de gesto risueño que, con la inevitable copa en la mano,

se le había acercado. El frac le sentaba muy bien a su alta figura esbelta, y bajo los cabellos castaños y rebeldes, el anguloso rostro del joven reflejaba una expresión llena de simpatía, aunque algo cínica.

—Feliz año nuevo, señor Edwards —se apresuró a responder ella frívolamente, alzando su copa y chocándola con la de él—. Créame que me alegra ver una cara conocida en esta fiesta. Y al decir esto, me refiero a una cara conocida de otros lugares mucho más humanos y menos hipócritas que este del West End.

—Lo mismo digo —rió el joven, bebiendo tras el brindis—. A veces me asombra pensar que usted pertenece a la misma esfera social que *sir* Francis Gifford, señora Prowse.

—Yo también —confesó ella con una suave carcajada—. Pero sigo preguntándome cómo es posible que le hayan invitado a usted a esta recepción. A mí no tienen más remedio, porque mi difunto marido era alguien en estos círculos, pero Derek Edwards, autor teatral, de *vaudevilles* en los teatrillos del East End, no parece encajar demasiado con la mentalidad de los respetables caballeros y damas que nos rodean en esta fiesta.

—Pienso igual que usted —asintió el joven—. Le aseguro que hace unos días no hubiera imaginado ni remotamente que la mejor sociedad de Londres fuera a recibirme en sus salones como a un invitado más. Sin embargo ese aparente milagro tiene nombre y apellidos.

—Ya —suspiró Angharad Prowse, joven y hermosa viuda del prematuramente desaparecido *sir* Lionel Prowse, millonario y político—. Sheila Gifford.

El joven sonrió a su vez discretamente, encogiéndose de hombros.

—Se dice el pecado, pero nunca el pecador —advirtió risueño.

—Vamos, vamos. Es un secreto a voces. Por fortuna para ella, la hija de *sir* Francis es diametralmente opuesta a su padre y a gran parte de esta sociedad nuestra, mi querido Edwards. A ella le gusta hacer sus propias escapadas, asistir a representaciones teatrales consideradas escandalosas o frívolas por sus amistades sociales. Y supongo que así conoció al brillante autor Derek Edwards.

—Ironías aparte, así ha sido. No quería venir, pero ella insistió. Y aquí estoy.

—Como verá, no se hubiera perdido nada de faltar a la fiesta —declaró ella aburrida—. Es una recepción llena de lugares comunes, superficialidades y ridícula seriedad. Ni siquiera tienen valor para emborracharse, ya lo verá.

El joven miró curiosamente a la pelirroja dama. Hizo un comentario breve:

—Usted tampoco encaja demasiado entre ellos, a lo que veo. Me pregunto cómo puede soportarlo.

—Mi querido Edwards, debo resignarme a mi papel en esta farsa —rió la viuda—. Mi inesperado matrimonio con un noble rico y políticamente importante, me obligó a muchas cosas. Ahora que soy su viuda y heredera universal, con gran disgusto del resto de su respetable familia, estoy obligada a seguir la representación.

—Escapándose de vez en cuando a lugares menos sofisticados y mundanos.

—Por supuesto, amigo mío. Gracias a ello soy asidua a representaciones como las de su obra en el Montague Garden. Pero no sólo visito Whitechapel para divertirme un poco, sino para ayudar también a la gente desheredada de la fortuna que tanto abunda en aquellos barrios.

—Lo sé. Me han hablado de sus obras de caridad y de su apoyo a los hospitales para pobres de la zona, señora Prowse. Pero siempre creí que lo hacía por esnobismo.

—No sea cruel, Edwards. Sé que le gusta el sarcasmo y hasta el cinismo, pero no lo use conmigo. Lo hago de buena fe, por mejorar en algo la situación desesperada de tanta gente.

—Perdone. No quería ofenderla. La he visto varias veces en mi teatro, y no quisiera perderme una espectadora tan asidua. Pero ¿no teme deambular tan frecuentemente por una zona tan peligrosa de Londres?

—No soy nada miedosa —sonrió Angharad Prowse—. Además, no soy la clase de víctima que acostumbra a elegir Jack el Destripador.

—No me refería al Destripador, señora. Él ya no existe, pero hay mucho maleante por allí.

—Hasta ahora tuve suerte, ¿por qué no he de seguir así? —Miró a Derek y preguntó después—: ¿Por qué cree que el Destripador ha muerto?

—Lo dice la Policía.

—Puede que mientan porque así les conviene. Hace sólo cinco días murió una pobre prostituta en un callejón, una tal Lizzie Davis. Al parecer, el crimen tenía todas las trazas de ser otro del Destripador, aunque la Policía lo niegue. Es natural que lo hagan, después del ridículo sufrido durante todo el otoño.

—Ha habido varios hechos que se atribuyen al Destripador, simplemente por miedo supersticioso. Toda agresión a una mujer parece ser obra suya. Prefiero creer que, realmente, ha muerto. Dañaba mucho el negocio del teatro por las noches.

—Entre otras cosas, ¿no? —ironizó ella—. Está bien, si eso le resulta cómodo, allá usted. Pero yo sigo pensando que el Destripador vive.

—¿Por qué mantienen un tema de conversación tan horrible? —terció una suave voz femenina cerca de ellos.

Ambos se volvieron a la vez. Una bellísima muchacha de rubios cabellos rizosos, ojos azules muy grandes y expresivos y tez blanquísima, sonreía delicadamente frente a los dos conversadores, sosteniendo la inevitable copa de champaña en su mano fina y esbelta, discretamente enjoyada.

—Señorita Gifford, perdone que no pudiera felicitarla todavía el nuevo año —se apresuró a disculparse Derek con cortés inclinación —. La vi rodeada de jóvenes muy obsequiosos a la puerta de la terraza… Felicidades para 1889, señorita Gifford.

—Gracias, Derek —ella fue impulsivamente hacia él y besó su mejilla—. Pero le dije que no volviera a llamarme así. Somos amigos, ¿no? Pues entonces soy simplemente Sheila para usted.

—Sheila… Es muy grato poder llamarla así —suspiró él—. Pero ¿qué pensará su padre si llega a oírme tratarla tan familiarmente?

—Lo que él piensa lo sé de antemano —rió de buena gana la rubia muchacha—. No debe preocuparle demasiado. Pese a lo que crea, nunca llega a morder.

—Ya es un alivio —rió también Derek—. ¿Le apetece bailar?

Ella negó con la cabeza, mirando a las parejas que danzaban a los acordes de un vals. Luego sonrió maliciosa, colgándose del brazo de Derek.

—Aún no —dijo—. Pero bailaré con usted si me lo pide.

—Cielos, será un verdadero placer. No creí tener sitio en su

carnet de baile…

—Nunca llevo carnet de baile. Detesto esa costumbre —confesó la joven. Miró risueña a la viuda Prowse y comentó con suave ironía —. No nos veíamos desde hace varias noches en el Montague Garden, ¿no es cierto, señora Prowse?

—Muy cierto —asintió la pelirroja sonriendo—. Por lo que veo, ambas tenemos los mismos gustos: el teatro popular, los cuplés picantes… y los autores jóvenes que no han triunfado aún en Piccadilly o en la City.

—Así es, mi querida amiga. Ahora, si no le importa, le arrebataré a nuestro común amigo el señor Edwards…

Y tiró de él, mientras la joven viuda negaba con la cabeza.

La joven pareja se alejó por la sala, entre los demás asistentes a la brillante fiesta social de fin de año organizado por *sir* Francis Gifford en su lujosa mansión de Mayfair. Angharad Prowse se quedó sola, pensativa, jugueteando con su abanico.

—¿Quién es ese joven desconocido, señora?

Se volvió. De nuevo estaba junto a ella *sir* Francis, tendiéndole una copa llena de champaña.

Ella la tomó con un gesto de agradecimiento, y comentó distraída:

—Un joven autor teatral con bastante porvenir. ¿No se lo han presentado?

—Francamente, no. Sheila tiene amistades muy pintorescas a veces. Menos mal que en esta ocasión no se le ocurrió invitar a un poeta de cantina, como hizo el día de su cumpleaños. El tipo acabó borracho como una cuba. Fue muy desagradable para todos.

Angharad sonrió, sin poder disimular un gesto divertido. Examinó a *sir* Francis que, pese a la apariencia elegante y sobria del joven invitado, no parecía nada feliz tampoco con la nueva pareja de baile de su hija.

—Sheila es una muchacha de ideas muy peculiares —admitió la viuda—. Pero creo que con ellas no hace daño a nadie, *sir* Francis. Deberá admitir conmigo que, para una muchacha de su edad, este mundo social debe resultar bastante aburrido.

—Ha sido el mundo de su madre y el mío, señora, como lo es sin duda de usted y de su difunto y admirable esposo, *sir* Lionel —dijo secamente el dueño de la casa, volviéndose a ella—. Y no veo en

ello motivo alguno para renegar de lo que él significa para todos nosotros.

Angharad no llegó a responder. En ese punto, Sheila y Derek salieron a la pista, enlazados, comenzando a bailar a los acordes de un vals de Johann Strauss.

*Sir* Francis arrugó todavía más su ceño, malhumorado.

Y una voz suave, malévola e insinuante, terció al momento:

—Curiosa pareja diría yo. Nada menos que la hija del hombre responsable de la seguridad en Londres, bailando con un joven autor de teatro ínfimo en Whitechapel que, por añadidura, es sospechoso de ser nada menos que Jack el Destripador en persona…

*Sir* Francis se volvió como si le hubiera picado un áspid. Angharad, atónita, también giró la cabeza, clavando sus verdes ojos profundos en el que había hablado.

—¿Qué dice usted? —bramó *sir* Francis, tenso y demudado.

—Justamente lo que ha oído, *sir* Francis —declaró suavemente el joven bien trajeado y de aspecto frío y ceremonioso, inclinándose ante su anfitrión—. No le hablo ahora como simple médico forense y amigo personal suyo o de *sir* Charles Warren [2], sino como amigo también de ese joven autor y antiguo compañero suyo de estudios de Medicina. Derek Edwards estudió unos años la carrera, e incluso llegó a practicar unos meses en el
Bart's
[3], pero luego lo dejó por el teatro. El inspector Denham, de la policía de Whitechapel y Spitalfields, encargado de investigar en aquella zona por encargo de *sir* Charles Warren, llegó a sospechar de él y le arrestó como presunto culpable en una ocasión, ¿es que no sabía usted eso, *sir* Francis?

—Dios, cierto que no —jadeó el aludido, muy pálido, dominando difícilmente su ira—. ¿Y quién ha invitado a mi fiesta a semejante individuo? ¿Mi propia hija Sheila?

—Usted sabe que sí, *sir* Charles —sonrió el joven con su frialdad de siempre—. Ella es buena amiga de personas poco recomendables en ocasiones, ya sabe su modo de ser.

—Cierto, muy cierto —declaró roncamente *sir* Francis, evidentemente nervioso.

—Yo perdonen si me retiro, pero hay personas a quienes no me

gusta soportar demasiado tiempo —terció en ese punto Angharad Prowse clavando su mirada con hostilidad en el joven médico—. Sé que el doctor Kerwin Eaton es un forense muy brillante, de reconocido prestigio en los círculos policiales y legales de Londres, pero como persona debo confesar que me resulta tan desagradable como antipático. Buenas noches, caballeros.

Se apartó de ellos dos con arrogante displicencia, mientras el aludido pestañeaba ante el claro impacto verbal de la dama. *Sir* Charles meneó la cabeza, contrariado.

—Discúlpela, doctor —dijo—. La señora Prowse es persona muy impulsiva y nada ceremoniosa.

—La conozco bien —rió Kerwin Eaton con indiferencia—. A ella también le gustan las personas aventureras como mi viejo amigo Edwards. Pero usted, *sir* Francis, debería vigilar más a su hija. Yo no digo que mi antiguo compañero puedo ser realmente el Destripador, pero todos sabemos que ese asesino tiene nociones de medicina y cirugía, que frecuenta Whitechapel y conoce sus callejuelas como la palma de su mano… Y recientemente, esa prostituta asesinada, Lizzie Davis, murió cerca del teatro Montague Garden, donde se representa la obra de Edwards. Además, mi amigo tiene bastante amistad con las rameras de aquel barrio…

—No tiene que decirme más —cortó abruptamente *sir* Francis—. Mi hija no volverá a ver más a ese joven, se lo prometo, doctor Eaton. ¡Cumpliré mi obligación de protegerla!

Y se alejó impulsivamente, penetrando en la pista y separando a viva fuerza a su hija Sheila y al joven invitado.

La muchacha protestó, pero Derek la contuvo con un gesto y, saludando fría y cortésmente al anfitrión, abandonó la sala con dignidad, en medio de la expectación general.

Sheila Gifford rompió a llorar, abandonando la sala a todo correr. El doctor Eaton sonrió divertido, tomando una copa de champaña, que paladeó con complacencia.

# CAPÍTULO 3

Era un verano húmedo y caluroso.

Aquel día concretamente, pese a estar nublado, el calor era más intenso que de costumbre y el índice de humedad era tan elevado que la gente aparecía sudorosa, con el rostro empapado de humedad, incluso sin hacer otra cosa que permanecer tumbada cerca del río, en busca de una brisa inexistente.

Los niños corrían por la orilla en sus juegos, mientras numerosos vagabundos buscaban en el ocio un alivio a la temperatura elevada que caía sobre la ciudad. El cielo, cargado de nubes, no hacía sino aumentar el bochorno de la tarde.

Pasó una gabarra cargada, río abajo, mientras los mozalbetes desharrapados iban y venían junto a las murallas de la Torre, lanzándose guijarros o jugando al escondite.

Uno de los niños, con una pelota de trapo, se cayó en su carrera, junto a la orilla del Támesis, y la pelota se le escapó de las manos, rodando por los escalones hasta el agua sucia y turbia. El pequeño se apresuró a ponerse en pie, corriendo a recuperar su juguete.

La pelota flotaba entre desperdicios y grasa, junto a la piedra de la orilla. Bajó los escalones y alargó la mano, hundiéndola en el agua para recuperar el objeto. Entonces sus dedos tropezaron con el otro objeto, que yacía pegado al escalón ribereño, enganchado a unos residuos de alguna barcaza de carga de las que recorrían el río en ambas direcciones.

Picada su infantil curiosidad, aferró el objeto y lo sacó del agua. El rostro del niño sufrió un violento sobresalto. Sus ojos se dilataron, amedrentados, contemplando el macabro hallazgo que sostenía su mano.

Luego, lo tiro al suelo, con un grito.

El objeto encontrado en el río era una mano humana limpiamente cortada por la muñeca. Estaba medio putrefacta y

despedía un fuerte hedor. La piel aparecía con una tonalidad blanquecina, viscosa.

Al grito del niño, acudió uno de sus compañeros de juego, que le miró sorprendido.

—¿Qué te pasa, Jim? —le preguntó—. Parece que hayas visto un fantasma…

—Mira… mira eso —gimió el niño, demudado, señalando al suelo.

El pequeño lo contempló asombrado. Retrocedió con un leve grito de miedo.

—¡Es una mano! —musitó—. Una mano cortada…

—Sí. Y hay algo más ahí, en el agua… No sé lo que es, no me atrevo a tocarlo…

El otro niño era algo más valiente. Se dirigió decidido al lugar del hallazgo, donde aún flotaba la pelota de trapo, olvidada. Hundió su brazo en el agua en busca de algo. Su amigo tenía razón. Tocó otro objeto blando, pegado a la piedra, enganchado en algo, posiblemente en unas cuerdas deshilachadas que se habían adherido a la orilla.

Tiró de ello con decisión, convencido de que también cogía aquellas cuerdas. Lo que salió en su mano pesaba bastante. Y era espantoso.

Una cabeza humana.

El niño aferraba aquella cabeza por los cabellos, mojados y sucios. El horrible despojo humano colgaba entre sus dedos, mostrando una faz lívida, rugosa y descompuesta, con ojos horriblemente dilatados y vaciados por la descomposición. El cuello había sido limpiamente cortado y los jirones de piel colgaban flácidos de su circunferencia sanguinolenta. Era la cabeza de una mujer.

Arrojó el pequeño la cabeza al suelo, horrorizado, echando a correr como si le persiguiera el diablo. Un vagabundo alzó su cabeza, somnoliento, disgustado por la interrupción infantil. Al ver la cabeza cerca de él, como si le contemplara con sus ojos vacíos, exhaló un alarido de terror y emprendió veloz carrera sin perder momento.

—Una mujer descuartizada, inspector.

El inspector Oliver Denham, de la comisaría de policía de

Whitechapel, asintió con movimiento de cabeza y gesto huraño. Contempló las piezas depositadas sobre la mesa del recinto, en macabra colección.

—¿Quién la encontró? —quiso saber.

—Primero, unos niños que jugaban. Luego, un vagabundo que se emborrachó en la primera cantina que encontró a su paso. Hemos dragado el río, encontrando el resto de trozos. Falta una pierna y un pecho, pero el resto está ahí, inspector.

—Gracias, sargento —suspiró el inspector Denham sombríamente—. Creo que nos arreglaremos sin esa pierna y ese seno. Hay suficientes partes para tratar de identificar a esa desdichada, imagino.

—Así es, señor. He avisado ya al doctor Eaton para que examine los restos. Estará aquí en breve.

—Parecía una mujer joven —señaló el inspector, examinando el único pecho cortado de que disponían, junto al resto del torso, perfectamente seccionado por ambos extremos—. Al menos, tenía los pechos firmes. Y eso indica algo, en especial si esta infeliz era una prostituta, como imagino…

—Eso no se puede saber, señor. El cuerpo ha aparecido desnudo. Si lo arrojaron con alguna ropa, una vez seccionado a trozos, el agua se encargó de destruir los tejidos. Debe de llevar al menos un mes sumergida, dado el estado de descomposición que se aprecia en esos restos.

—Los cortes han sido hechos perfectamente —señaló el inspector, pensativo.

—Así es, señor. Yo juraría que se trata de la obra de un experto.

—¿Un cirujano?

—O un matarife —el sargento Morgan se encogió de hombros—. Volvemos al eterno dilema, inspector. Como en tiempos del Destripador…

—¡El Destripador! —Se sobresaltó Denham—. Cielos, sargento, ¿qué dice?

—Algo natural, señor. Cualquiera diría, viendo este trabajo, que lo hizo alguien que domina muy bien el bisturí o el cuchillo. Como entonces, ¿recuerda?

—No me lo mencione, Morgan —suspiró el inspector—. Creí que esa pesadilla habría terminado ya de una vez por todas. No quisiera

volverla a ver resucitar ante mis ojos.

—¿Qué pensar, entonces, de algo así?

—Nada de momento. No adelantemos acontecimientos. Además, el Destripador jamás lanzó al río a ninguna mujer troceada, sargento.

—Pero la técnica es la misma que las mutilaciones de Miller's Court, señor. Por eso se me ocurrió la idea.

—Pues que no se le vuelva a ocurrir. Oficialmente, el Destripador ha dejado de existir a todos los efectos. No vayamos a provocar de nuevo un terror infundado en todo este distrito, amigo mío. Ahora, esperemos a ver lo que tiene que decir el doctor Eaton…

El forense Kerwin Eaton examinó aquellos restos humanos pocas horas después.

Mientras se lavaba las manos tras el examen minucioso del cadáver mutilado y convertido en despojos, el joven forense manifestó al inspector Denham con tono grave:

—En efecto, es obra de un experto. Troceó de la forma más adecuada y correcta. Es una persona conocedora de la anatomía humana.

—¿Qué instrumento imagina que pudo usar?

Eaton respondió sin dudar.

—Algo mayor que un bisturí. Un cuchillo grande y afilado, por ejemplo. O un sable.

—Un sable… —Se estremeció el inspector—. Extraña arma menciona usted…

—Recuerde lo que declaró aquel organillero cuando asesinaron a Lizzie Davis en el callejón. Vio a un hombre espantosamente feo, un monstruo, empuñando un arma ensangrentada. Se reafirmó varias veces en la impresión de que era un sable.

—¿Cree que esto es obra del mismo que mató a Lizzie Davis?

—Es muy posible, inspector. De aquello solo hace seis meses. Tal vez el asesino ha vuelto a las andadas. Cuando menos, puedo afirmarle que en ambos casos estamos ante un hombre hábil con el arma blanca y buen conocedor de la anatomía, repito.

El inspector hizo una mueca.

—Eso no me gusta. Me trae malos recuerdos, doctor.

—Lo sé —el joven forense clavó sus oscuros y fríos ojos en el policía—. Jack el Destripador, ¿no?

—Por Dios, no mencione ese nombre. Ya lo creía archivado para siempre.

—Yo, no —negó Eaton con suavidad—. Siempre he sabido que seguía vivo y bien vivo, inspector.

Denham miró largamente en silencio al forense. Los ojos grises y astutos del policía revelaron cierta curiosidad malsana, mientras extendía de forma mecánica una sábana sobre los restos de la mujer muerta en el Támesis.

—¿Se está refiriendo acaso a alguien que relaciona usted de modo directo con el Destripador? —puntualizó.

Kerwin Eaton rió entre dientes, encogiéndose de hombros.

—Eso lo dice usted, no yo, inspector —objetó.

—Vamos, vamos, conmigo déjese de divagaciones, doctor. Estaba usted aludiendo a ese joven amigo suyo con quien estudió en tiempos, al comediógrafo.

—¿Derek Edwards? —Kerwin enarcó las cejas—. Yo no le detuve acusado de nada, inspector Denham. Creo recordar que fue cosa suya.

—Tenía mis motivos para ello entonces. Fue visto cerca de Hanbury Street aquel siete de septiembre en que mataron a Annie Chapman…

—Cosa lógica por otro lado. Derek residía entonces en una pensión de Hanbury Street, no lejos del teatro Montague Garden, situado en Old Montague Street, como todos sabemos.

—No era ésa la única razón. Edwards estudió medicina y cirugía con usted.

—¿Y qué? ¿Eso me convierte a mí también en sospechoso tal vez? —rió Kerwin.

—Es diferente. Usted es el forense. Él deambula por esas calles día y noche, especialmente de noche. Conoce a todas las prostitutas y coristas de Whitechapel y no despierta sospechas allí donde va. Es el candidato ideal para nuestro hombre misterioso.

—Es un bohemio, todos lo saben. Esa clase de personas siempre gustan de pasear por la noche por la ciudad y frecuentan cantinas y sitios parecidos.

—¿A qué viene defenderle tanto ahora, doctor? —Se irritó

Denham—. Tengo entendido que usted mismo le acusó de ser el Destripador ante el propio *sir* Francis en la fiesta de Año Nuevo.

—Eso es un error, inspector —bostezó sardónicamente Kerwin —. Yo sólo le conté lo que había sucedido entonces, su arresto y todo eso.

—¿Por qué lo hizo? ¿Por celos?

—Es posible —Kerwin se encogió de hombros—. Sheila Gifford es un buen partido para cualquier joven londinense en edad casamentera. Y, además, es muy bella.

—No parece usted rendir demasiado culto a la amistad, a juzgar por su actitud con Derek Edwards.

—Ya no somos amigos. Lo fuimos en un tiempo. Unas faldas nos separaron con cierta violencia. Ya en tiempos de estudiar juntos Medicina tuvimos algunos choques.

—¿Es de buena familia ese muchacho?

—Lo era. Su padre fue un hombre de buena posición en Manchester. Se arruinó cuando su hijo estudiaba y tuvo que dejarlo todo para ganarse la vida. El padre no soportó bien la nueva situación. Enfermó, muriendo en poco tiempo. Era viudo por entonces, y Derek se quedó solo en el mundo, con sus sueños de literato y su ambición por llegar a ser famoso en los ambientes teatrales de Inglaterra. Siempre ha tenido éxito con las mujeres. Algunas le mantuvieron en los peores momentos de su vida.

El inspector le reconvino:

—Sigue teniendo celos de él, doctor.

—Es posible. Pero usted tampoco simpatiza demasiado con él, que yo sepa.

—Es distinto. Mi deber como policía me exige sospechar de todo el mundo. Y él es un buen sospechoso, usted lo ha dicho. Conoce a muchas mujeres de mala nota, ellas confían en él. Frecuenta los ambientes en los que el Destripador se movía como pez en el agua. Además, *sir* Francis tiene especial interés en poner en claro el papel de ese joven en todo el asunto.

—Entiendo —rió el doctor Eaton, caminando hacia la salida con su maletín profesional en una mano y el sombrero de copa alta en la otra—. El honorable caballero desea apartar de su hija a un pretendiente demasiado molesto, ¿no?

—Quizá. Y usted hizo cuánto estuvo en su mano el pasado

diciembre para conseguirlo más fácilmente. Buenas tardes, doctor Eaton. Le diré algo, si logramos identificar a esa pobre mujer.

—Eso espero. Cuando le haga la autopsia a los restos mañana, tal vez también me sea posible añadir algún dato más para su posible identificación. ¿Va a proceder a algún nuevo arresto relacionado esta vez con esta nueva muerte?

—No, todavía no. Ni siquiera tengo sospechosos. Pero no me olvido ni un momento de su buen amigo Derek Edwards…

—Derek Edwards… ¿Otra vez ese molesto joven, inspector?

Denham afirmó con la cabeza, mirando a su interlocutor mientras tomaba la taza de té en su mano y probaba un sorbo de la infusión sin prisas.

—Así es, *sir* Francis —afirmó—. No hay nada contra él, desde luego. Pero esa mujer desconocida a la que descuartizaron arrojando sus pedazos al Támesis pudo ser cualquiera de las que él conoce y cuya amistad frecuenta desde que era estudiante. Estamos investigando las posibles desapariciones para tratar de identificar a la víctima sin lugar a dudas.

—¿Qué se sabe de ella por el momento?

—Mucho no, desde luego. Se trata de una mujer de mediana estatura y unos veintiocho a treinta años de edad, cabello castaño rojizo, piel pálida, muy pecosa, cuerpo bastante bien formado aunque con demasiado pecho, y algunos indicios en sus pies, según el informe de la autopsia practicada por el doctor Eaton, de que pudo haber practicado el baile con bastante frecuencia, a juzgar por ciertas durezas y llagas. Cómo ve, nada revelador. Hemos publicado los datos en los diarios y un dibujo con su retrato, lo más parecido posible, en el *Police Illustrated News* de este sábado, para ver si alguien puede ayudarnos a esclarecer su identidad.

—El superintendente McDowell, de Scotland Yard, me ha sugerido que podría tratarse de una nueva hazaña de ese Jack el Destripador… —murmuró *sir* Francis, cauto.

—Eso se dice siempre que maten o asaltan a una mujer en ese barrio, señor —objetó Denham gravemente—. No hay nada concreto que permita hacer tal afirmación.

—Y espero que nunca lo haya —resopló *sir* Francis Gifford—. Ya tuvimos suficiente con el pasado otoño para pensar de nuevo en ese

monstruo…

—De todos modos, la gente en Whitechapel tiene miedo otra vez. Ya casi habían olvidado no sólo lo de
Miller's
Court, sino también el asesinato de Lizzie Davis en las pasadas Navidades. Y ahora, con este hallazgo en el río, han vuelto a dispararse los rumores, los chismes y comadreos…

—Es comprensible —dijo el alto funcionario incorporándose y paseando por la estancia.

Se detuvo al oír la puerta de la casa cerrándose. Miró ceñudo el reloj del salón y fue rápido hacia la salida del gabinete, encarándose con alguien que volvía en ese momento.

Su voz sonó brusca, autoritaria:

—¡Sheila! Ven aquí, te lo ruego.

Unas suaves pisadas. Y la rubia y bella hija del noble apareció en el umbral, con mirada entre tímida y arrogante.

—Dime, papá —habló suave. Y sus azules ojos se fijaron de pasada en el inspector, que desvió la vista, algo azorado, ante la inminencia de una escena tensa entre padre e hija.

—Te prohibí que volvieras por esos barrios miserables hasta tarde —dijo con aspereza el dueño de la casa—. Y no sólo me desobedeces, sino que has sido vista asistiendo a las representaciones de ese horrible teatrillo de Whitechapel donde sólo se ven y oyen procacidades y ordinarieces de la más baja estofa.

—Papá, estás chapado a la antigua y eres demasiado moralista —suspiró la joven con resignación—. En el Montague Garden sólo representan una alegre comedia musical, algo subida de tono, con bromas satíricas sobre política, sociedad y todo eso. Nada pecaminoso, obsceno ni sucio. Quien te haya informado así, sólo tiene la procacidad en su propio cerebro, estoy segura de ello.

—Por desgracia, ni siquiera sé quién te vio allí, pero su mensaje anónimo es bien explícito —buscó en su levita y puso en manos de su hija un papel arrugado—. Lee tú misma.

La joven desplegó el papel procediendo de inmediato a leerlo en voz alta:

—«*Sir* Francis: su hija Sheila sigue siendo vista por estos barrios de Whitechapel frecuentemente, sobre todo en el teatro Montague, admirando sin duda los soeces chistes y obscenas exhibiciones de

una compañía barata interpretando un libreto repugnante, indigno de oídos civilizados y honestos. Cuide de su hija mejor. Es el consejo de: Un buen amigo».

Ella estrujó el papel devolviéndolo a su padre.

—¡Un buen amigo! ¿Y recurre a ese sucio anónimo? No creí que te fiaras de gente así…

—Es simplemente una advertencia que agradezco, venga de quien venga. ¿O vas a negarme que ahora mismo vienes de esos suburbios vergonzosos?

—Papá, visitar una parte de nuestra ciudad de la que nadie en tu Gobierno se preocupa lo más mínimo, no creo que sea un delito. En todo caso, el delito es permitir que la gente viva allí en las condiciones en que lo hace. Por otro lado no sólo voy al teatro cuando visito Whitechapel. Tengo tiempo de dar alguna ayuda a los refugios para vagabundos o para los comedores de caridad.

—Eso me parece muy bien y te honra. Pero frecuentar amistades como la de Derek Edwards…

—¿Qué le pasa a Derek, papá? Ya fue bastante vergüenza para mi tu comportamiento con él, siendo mi invitado aquella Nochevieja. ¿Es que no tengo edad de elegir ya mis propias amistades? Derek es un buen muchacho, inteligente y noble, que lucha por llevar a los escenarios algo más que un simple *vaudeville* popular, pero en aquel teatrillo le dieron la oportunidad que no la dan en los teatros del centro. Y eso tampoco es un delito, que yo sepa.

—Ya basta. Seguiremos esta charla durante la cena, Sheila. Pero te advierto que…

En ese momento, el tintineo de la campanilla de la puerta interrumpió a *sir* Francis en plena regañina. Él y su hija miraron al vestíbulo, curiosos, mientras el mayordomo de los Gifford iba a abrir. Regresó con un policía de uniforme, que saludó respetuoso. Denham se puso inmediatamente en pie.

—Es un mensaje para el inspector Denham —habló el agente, cohibido—. Me dijeron que si había algo urgente le encontraría aquí, señor…

—Perdone, *sir* Francis —se apresuró a decir el inspector—. Di sus señas por si había alguna novedad de urgencia. Espero que sea así, agente, para venir aquí a importunar a *sir* Francis y su familia…

—Eso creo, señor —declaró el policía, carraspeando incómodo. Tendió un papel al inspector—. Es del superintendente McDowell. Es muy urgente, dijo.

—Gracias, agente —el inspector miró apurado a su anfitrión—. Si me disculpa, *sir* Francis…

—Por supuesto —afirmó el padre de Sheila—. Está usted en su casa.

Denham abrió el mensaje, leyéndolo con rapidez. Pareció sorprendido y tendió el papel a *sir* Francis de inmediato.

—Lea, señor —dijo—. Creo que debe saberlo usted más que nadie…

—Gracias.

*Sir* Francis tomó el documento, intrigado. Lo leyó. Luego, lentamente, alzó la cabeza, miró largamente a los dos policías y, por fin, a su propia hija, para decir con toda calma, acentuando mucho sus palabras:

—La mujer descuartizada en el Támesis ha sido identificada. Se trata de Elizabeth Jackson, de veintinueve años, más conocida como «Bessie». Aunque ejercía últimamente la prostitución, era bailarina de profesión. Y había trabajado de corista en el teatro Montague, hasta que fue despedida hace menos de dos meses tras una fuerte disputa con el autor de la obra que allí se representa, Derek Edwards.

Sheila Gifford no dijo nada. Tenía sus azules ojos muy abiertos. Estaba algo pálida. Apretó los labios con fuerza, estrujó sus puños y echó a correr escaleras arriba sin pronunciar palabra.

# CAPÍTULO 4

—«Bessie»… «Bessie» Jackson… Era ella…

—Sí, Derek. Era ella. Supongo que esto no va a favorecernos en nada —y Jennifer Lodge, primera *vedette* del espectáculo teatral, se empezó a quitar el maquillaje del rostro, sentada ante el óvalo iluminado de su espejo de tocador, aplicando pasta sobre ambas mejillas y la frente, bajo su cabellera de un negro intenso, brillante como el azabache—. Sólo nos faltaba que una de nuestras chicas cayera víctima de ese sádico asesino…

—No era ya una de nuestras chicas, Jenny —la llamó Derek por su diminutivo familiar de costumbre—. Se había marchado, recuérdalo. Ejercía la prostitución.

—Eso me remuerde un poco la conciencia, Derek —se lamentó ella, empezando a limpiar de pintura el rostro, sin importarle que con sus ademanes se abriera la bata, dejando ver la plenitud casi íntegra de sus senos morenos y firmes, en el cuerpo enteramente desnudo bajo la prenda—. Si no la hubiera echado…

—No fue cosa tuya ni mía, Jenny, aunque ella lo pensara así. Fue el propio Percy como empresario quien lo decidió. Y conoces bien sus motivos: era una ladrona. Había robado dinero de la nómina mientras fingía seducir al taquillero…

—Lo sé, Derek. Como sé que se peleó contigo por haber sido el que la descubrió metiendo la mano en la caja con los fondos de la compañía, pero… ahora que está muerta lamento todo lo ocurrido.

—Yo también, Jenny —afirmó Derek gravemente—. No era mala chica, sólo que le gustaba demasiado lo ajeno y que no dudaba en actuar como una vulgar ramera aun siendo corista aquí. Todo eso es poco delito para merecer una muerte tan horrible. Pero no podemos hacer nada. Nadie puede hacerlo ya.

—Sólo nos faltaba eso. Después de la crónica que ese maldito periodista publicó el otro día en el Variety, poniendo verde nuestro

espectáculo, ahora puede ensañarse diciendo que nuestra compañía es un nido de mujerzuelas elegidas por el Destripador.

—El Destripador… —Derek repitió la palabra con voz tensa, poniéndose rígido de repente—. ¿Por qué has pronunciado ese nombre, Jenny?

—¿Qué ocurre? ¿Acaso no es un típico crimen de ese monstruo enloquecido?

—No podemos asegurar tal cosa, querida. Dicen que el Destripador ha muerto.

—Yo no lo creo —afirmó ella, quitándose del rostro la pasta y el maquillaje con una toallita.

Derek no dijo nada. Tenía la mirada perdida en el vacío, la boca apretada.

—Termina de arreglarte —dijo bruscamente—. Te espero fuera. Iremos a tomar algo al *pub* de costumbre, Jenny.

—Como quieras. He visto que esta tarde estaba en el palco habitual tu amiguita rubia, esa chica de la alta sociedad… —dijo Jennifer Lodge con ironía—. ¿No se ha quedado para reunirse contigo después de la función?

—No, claro que no. Ella debe volver antes a su casa. Y no hables con ese tono, Jenny. No tienes por qué ponerte celosa. Tú y yo sólo somos buenos compañeros, recuerda.

—No es eso lo que yo deseo de ti, Derek —le respondió ella, mirándole turbadora a través del espejo.

—Pues lo siento, pero no te he prometido nunca nada más —dijo él, retirándose.

La atmósfera del *pub* era casi irrespirable a aquellas horas.

El humo, el olor a cerveza y a perfume de mujeres públicas formaba una amalgama tan densa como irrespirable.

Pero todos los presentes en el local de Whitechapel parecían lo bastante adaptados a aquel clima como para sentirse incómodos en él.

Derek Edwards era de los que no se sentían absolutamente extraños en el ambiente del local. Y Jennifer Lodge, la morena y hermosa *vedette* de Montague, tampoco. Ambos charlaban ante sendas cervezas, sentados en una arrinconada mesa del *pub*, justo al lado de una vidriera asomada a la calle, sobre cuya empañada

superficie parecía adherirse la niebla como una masa pegajosa de un gris sucio.

También ocupaba un asiento en la mesa un hombre de edad madura, cabello canoso, más bien escaso, y frondosos bigotes de guías caídas, rostro rubicundo y ojos astutos. Era Percy Ryan, el empresario del teatrillo de variedades de Whitechapel donde se representaba la obra de Derek. Su gesto ahora, contra su costumbre, era preocupado, casi sombrío, pese a que se decía que nadie había visto jamás a Percy Ryan realmente serio delante de una jarra de buena cerveza negra.

—No me gusta esto, Derek —confesaba el empresario con expresión inquieta—. No me gusta nada.

—A mi tampoco. La prensa se preocupará más de airear que Bessie era corista de tu teatro que ninguna otra cosa. Les encanta tener carnaza para dar al público.

—A Bessie no le hubiera ocurrido eso si se hubiera dedicado simplemente a trabajar en su profesión y no en buscar dinero fácil por esas calles. Era joven y bien parecida, y por supuesto eso le daba ventaja sobre la mayoría de esas pobres que deambulan por ahí, pero si no hubiera querido explotar eso, ahora estaría viva.

—Eso ya no podemos remediarlo, Percy —admitió Jennifer amargamente—. Sólo nos faltaba este suceso para complicar las cosas. Últimamente la gente se retrae bastante de pasar por taquilla. Creo que esas constantes visitas de los policías al patio de butacas del teatro, escudriñando a la gente, tienen gran culpa de ello. A nadie le gusta sentarse en una butaca de platea para verse vigilado por un *policeman*, Percy.

—No sé por qué tienen que hacer eso, aunque admito que estén nerviosos con esos crímenes y anden por todas partes, registrando este barrio de punta a punta —se quejó el empresario con malhumor.

—Yo sí lo sé —gruñó Derek pensativo, apurando su jarra—. La culpa es mía.

—¿Tuya? —Ryan pestañeó, sin entender—. ¿A qué viene eso, Derek?

—He tenido la mala fortuna de indisponerme con un importante político responsable del orden público y, en especial, del asunto del Destripador y de los crímenes de Whitechapel. No contentos con

haber llegado a detenerme un día, cuando la primera serie sangrienta de Jack, ahora me quieren perjudicar lo más posible.

—Yo sé de qué va, Ryan —terció Jennifer, dirigiendo una mirada de disgusto al joven autor—. La hija de *sir* Francis Gifford. Derek la ha cautivado. Y eso, a su honorable padre, no le gusta nada.

—Vaya lío —suspiró el empresario—. *Sir* Francis Gifford es un mal enemigo. Todos sabemos que el inspector Denham es un fiel sicario suyo, Derek.

—Así es. Menos mal que esta vez no pueden detenerme por sospechoso. Ese testigo del asesinato de Lizzie Davis, el organillero ambulante, vio al asesino y describió su rostro. No tiene el menor parecido con el mío.

—Mi querido amigo, eso tiene fácil arreglo —dijo una fría voz burlona a espaldas de Derek—. Para una persona del mundillo teatral, nada más fácil que una buena caracterización para desfigurar su rostro…

Se volvió, irritado. Había reconocido ya aquel tono hostil y sarcástico. Miró cara a cara al doctor Eaton con agresividad.

—No sabía que un respetable forense de la ciudad de Londres frecuentara tales ambientes —replicó, incisivo—. ¿O es que nuestro Destripador, de quien tanta gente asegura se trata de un médico experto, anda buscando a su nueva víctima por estos tugurios?

Los ojos de Kerwin Eaton brillaron, pero no demostró ofenderse por la insinuación. Al forense le acompañaba otro individuo, alto y flaco, de pelo rojizo y nariz halconada, sobre la cual cabalgaban unos lentes de pinza. El hombre vestía enteramente de negro, con macferlán y sombrero de copa alta y peluche de reflejos. Era el crítico teatral más temido de Londres, Duncan Taylor. Se decía de él que su pluma vertía más veneno que una cobra en la India.

—Vaya, vaya —terció rápido el crítico en la charla—. ¿Es cierto esa noticia que circula hoy por la ciudad, según la cual Bessie Jackson, una corista del Montague, ha sido la mujer troceada que se encontró en el río?

—Sí, es muy cierto —silabeó el empresario Ryan con acritud—. Pero ya no trabajaba con nosotros. Se dedicaba a tareas más lucrativas y menos honestas.

—¿Menos honestas que salir semidesnuda en una obra tan

deleznable como la vuestra? —El periodista meneó la cabeza—. Cielos, ignoraba que hubiese algo peor que eso.

Derek se contuvo. Mirando fríamente al ácido reportero, replicó tajante:

—Existen varias profesiones infinitamente más sucias y obscenas que la de la pobre Bessie, incluida la que ejercía en las calles: por ejemplo, publicar basura en una revista teatral de ínfima categoría, escribiendo con una pluma tan vil y grosera como su dueño.

Duncan Taylor podía ser un tipo cínico y cruel en sus crónicas, pero no soportaba bien las críticas cuando eran contra su persona. Enrojeció bajo el insulto, miró colérico a Derek con sus ojillos, redondos como los de un pez tras los vidrios de sus ridículos lentes, y silabeó con voz áspera:

—Pagarás caras esas palabras, escritorzuelo. Te voy a despedazar en mi próxima crónica. Y a toda esa compañía barata contigo.

—Ya basta, miserable rata de cloaca —se enfureció Ryan, que también tenía el genio vivo, incorporándose de un salto y aferrando al crítico por las solapas de su elegante macferlán—. Lárgate con tu amiguito especialista en destripar cuerpos humanos, no sé si sólo de cadáveres o no, y déjanos en paz de una vez, gusano. O te romperé la fea y repulsiva cara que tu madre tuvo el mal gusto de traer a este mundo.

—Vamos, querido Duncan —habló con displicencia el doctor Eaton apartando a su compañero de las iras de Percy—. Acabamos el incidente. Es mejor no hablar con gente de teatro. Dicen que existen más cosas contagiosas que ciertas epidemias…

Derek sonrió duramente, clavando sus ojos en el forense mientras se alejaban los dos hombres hacia otra mesa.

—Creo que ambos habéis encontrado al acompañante idóneo —comentó con ironía—. La pluma y el bisturí son a veces arma tan peligrosa como mal empleada. Hay quién usa una para matar ilusiones y la otra para matar mujeres en las calles…

Ninguno respondió a su comentario. Se acomodaron en otra mesa, pidiendo sus consumiciones a la saludable camarera del *pub*.

Una mujer de pelo intensamente rizado, fumando en una curiosa pipa de arcilla que sostenía entre sus amarillentos dientes como una experta, se acercó trompicando a la mesa de Derek y sus

compañeros, tras dirigir una ojeada crítica a la pareja de caballeros que acababa de acomodarse.

La mujer puso su mano en el hombro de Derek y una vaharada de fuerte olor a ginebra envolvió a los tres ocupantes de la mesa cuando ella habló con tono aguardentoso:

—Bravo, muchacho. Te he oído responder a esos dos petimetres y me gustaron tus palabras, Derek amigo. Aquí no nos gustan los periodistas ni los médicos. Los periodistas, porque son unos chupatintas que escriben luego burlándose de todos nosotros. Y los matasanos, porque cualquiera de ellos puede ser ese maldito Jack el Destripador al que el diablo se lleve. Te lo dice Annie «Pipa de Arcilla», muchacho.

—Gracias, Annie —sonrió Derek, mirándola por encima de su hombro y depositando una moneda en la mano ridículamente enguantada de encajes de la singular mujer—. ¿Ya de retirada?

—Sí, muchacho, no se puede andar demasiado por esas calles después de lo que le pasó el otro día a la pobre Bessie. Claro que yo no tengo miedo a nadie, pero vale más no tentar demasiado la suerte.

—Haces bien, Annie. Ve a dormir y será mejor. Creo que por hoy ya bebiste suficiente.

Ella asintió y, tambaleándose siempre, siguió su camino hacia la puerta. La abrió. Fuera, la niebla era cálida y viscosa aquella noche de un mes de julio brumoso y húmedo. Pronto se tragó a Annie y sus ropas ajadas, como si la hubiera engullido ávidamente.

—Pobre mujer… —Derek meneó la cabeza—. Demasiado vieja para el oficio que ejerce. Y demasiado aficionada a la ginebra también.

—Siempre la veo fumando en esa pipa de arcilla, Derek —comentó Jennifer.

—Sí, es su costumbre de años. Por eso la llaman así, Annie «Pipa de Arcilla». Su verdadero nombre es Alice McKenzie, pero no creo que ni ella misma se acuerde ya de él [4].

Siguieron su charla durante cosa de una media hora más. Cuando abandonaron el *pub* despidiéndose en la acera para tomar cada uno su camino, no sin que Derek dejase a Jennifer Lodge dentro de un coche de alquiler que la llevaba directamente a la cercana pensión donde vivía, para evitar posibles riesgos, los otros

dos clientes continuaban en su mesa, charlando ante dos copas de ginebra. Tanto el crítico Duncan Taylor como el doctor Eaton, dirigieron una mirada poco amistosa a la figura erguida y arrogante de Derek Edwards, cuando el joven se fundía en la densa bruma.

La mujer canturreaba entre dientes alegremente. Se envolvió mejor el cuello en la ridícula y despellejada piel, que lucía como si estuviera en pleno invierno, y caminó con toda la escasa firmeza que su actual estado le permitía, y que no era demasiada.

Las calles estaban tan desiertas como en las peores noches invernales, pese a estar en pleno mes de julio, y los policías que hacían la patrulla seguían siendo demasiado escasos, a la vista de los acontecimientos sangrientos que tenían lugar últimamente en Whitechapel.

—Peste de polizontes —refunfuñó «Pipa de Arcilla» entre dientes, soltando un eructo al ver pasar cerca de ella a uno de los agentes, con su inconfundible casco recortado en la brumosa claridad de una farola de gas—. Parece importarles muy poco lo que nos ocurre a todas aquí. Si esto sucediera en Mayfair o en Piccadilly, se darían buena maña para invadirlo todo con legiones de agentes. Pero a nosotros, que nos parta un rayo, dirán esos bastardos del Yard…

Annie acostumbraba a soltar parrafadas así en solitario, interminables monólogos en los que hablaba consigo misma, cosa que, al decir de ella, evitaba siempre discusiones y diferencias de opinión.

Aquella noche, Annie estaba demasiado ebria, aunque normalmente nunca estaba del todo serena. La noticia de que el cuerpo desmembrado hallado en las aguas del Támesis había pertenecido a Bessie Jackson, le hizo beber aún más que de costumbre. Esa noche ni siquiera deseaba buscar a un tipo para acostarse con él a cambio de unas monedas.

—Además, ese muchacho, Derek, ha sido generoso conmigo —se dijo en otra de sus peroratas, hablando entre dientes—. Me dio una moneda. Dios le bendiga. De buena gana le hubiera pegado un botellazo a cualquiera de aquellos dos caballeretes que se metieron con él. No me extrañaría nada que uno de ellos fuese el Destripador en persona. No me gusta su aspecto. No me gustan los médicos ni los periodistas.

—Hola, Annie —dijo una voz suave, brotando de la niebla.

—¿Eh? —«Pipa de Arcilla» se detuvo, mordisqueando su inseparable cachimba rojiza, para mirar escudriñadora a la figura envuelta en una negra capa, que emergía ante ella, justo al lado del arco de ladrillos que daba entrada a Castle Alley, aquel inmundo, largo y oscuro callejón donde ella muchas veces había satisfecho los deseos de algún cliente degenerado, a cambio de algunas monedas —. ¿Quién eres tú?

—Un buen amigo —respondió la voz, que sonaba bronca y apagada.

Trató de ver algo, pero entre la bruma y las caídas alas negras de aquel sombrero embutido hasta las cejas del caballero, le fue del todo imposible. Sólo podía distinguir la silueta del desconocido, envuelto en aquella capa negra de anchos pliegues. Algo en aquel personaje no le acabó de gustar.

—No tengo amigos —refunfuñó—. Lárgate, tengo sueño. Voy a descansar.

—¿No te apetece ganar fácilmente unas monedas? —insinuó la voz.

—Hoy no. Sólo quiero dormir. Llevo demasiada ginebra encima, amigo. No haría nada bien, te lo aseguro.

—Es igual. Vamos a ese pasaje. Puedes llevarte un dinero muy fácil, Annie.

—Vete al diablo. No quiero. Otra noche será.

Y se dispuso a seguir su camino, dejando atrás al caballero.

Una mano enguantada surgió de la niebla, como una siniestra garra ominosa. Se cerró sobre su cuello bruscamente. La otra mano emergió, golpeando con algo a la mujer.

Annie, entre la ginebra que rezumaba por todos sus poros, la presión de unos férreos dedos en su garganta y el impacto de algo pesado en su sien, osciló, aturdida, a punto de caer. Su agresor tiró de ella con violencia, penetrando en el callejón. La desdichada no pudo evitar seguirle, casi a rastras. Forcejeó torpemente, para desasirse de aquella mano que la arrastraba a las profundas sombras del callejón. No consiguió gran cosa, porque en ese momento, el objeto que la había golpeado antes en la cara, se alzó ante ella, recibiendo un destello de luz de una farola de gas en la calle.

Annie gritó roncamente, aterrorizada. El objeto era de acero,

plano y afilado, la forma de una larga hoja azulada que reflejó la luz siniestramente. Apenas si lo vio durante un segundo, enarbolado ante su rostro. Luego, el filo desgarró su garganta de lado a lado. La carne chirrió desagradablemente, crujieron los cartílagos y huesos, serrados por aquella hoja incisiva. La sangre salpicó los muros de ladrillos oscuros, el suelo, las negras ropas del asesino.

Annie pudo gritar de nuevo, con su último esfuerzo, rabiosa, desesperadamente, antes de que aquel filo mortífero desgajara su cuello brutalmente. La pipa escapó de sus labios, rodando por el sórdido empedrado de Castle Alley. Después, el punzante extremo del arma homicida desgarró su vientre por dos veces, penetrando en sus chillonas ropas y abriendo el abdomen como si fuera de manteca.

Allá fuera, en alguna parte de la calle alumbrada por las intermitentes farolas públicas, una voz potente, masculina, gritó con energía:

—¿Qué ocurre? —tronó—. ¿Quién grita por ahí? ¡Policía, pronto, alguien parece pedir auxilio! ¡Creo que es por Castle Alley!

El asesino silabeó entre dientes una sarta de obscenidades con su voz ronca, soltando a su víctima. Entre espasmos casi epilépticos, la infortunada «Pipa de Arcilla» rodó hasta un portal sombrío, donde cayó de bruces, desangrándose horriblemente por boca, garganta y vientre.

Rápido, el ser vestido de negro corrió a la salida del callejón, saltando a la niebla, mientras su víctima agonizaba en aquel portal de la callejuela.

En la calle principal, la voz del hombre insistía:

—¡Vengan, pronto! ¡Creo que algo ha sucedido en Castle Alley!

Los labios del criminal modularon un nombre entre dientes:

—Es él… Es Derek Edwards, maldición…

Y al pisar la mojada acera exterior, fuera ya del acceso al callejón, una sombra humana emergió ante el asesino. Era, ciertamente, Derek Edwards, el joven comediógrafo.

Los dos personajes se quedaron un instante cara a cara, mirándose al rostro en medio de la espesa bruma nocturna.

El enfrentamiento no duró más allá de dos segundos.

Derek, en ese breve tiempo, pudo ver el rostro más horrible que jamás le fuera dado contemplar en toda su vida.

Luego, el misterioso personaje de la capa negra y el sombrero de alas anchas, le lanzó un violento golpe con su arma ensangrentada.

Derek se echó atrás muy a tiempo. Pero aun así, al cubrirse con el brazo derecho, sintió el golpe del filo de acero en su antebrazo. El frío metal hirió su carne, al cortar la tela como si fuese papel. Sintió correr la sangre.

—¡Maldito! —aulló—. ¡Eres Jack el Destripador, estoy seguro de ello!

Y se precipitó, pese al dolor de su herida, sobre el monstruoso personaje de faz convulsa, deforme, horripilante, cubierta de cicatrices, bultos y arrugas en torno a unos ojos redondos, fríos y vidriosos, que le contemplaban malignamente bajo la sombra de las negras alas caídas.

El asesino saltó de costado, eludiéndole ágilmente. Su capa revoloteó como las alas de un enorme y siniestro murciélago. La espada o sable hirió de nuevo a Derek, esta vez en la mejilla, de refilón. Saltó la sangre, cegándole momentáneamente, trompicó y cayó al pisar el bordillo de la húmeda, resbaladiza acera. El personaje enlutado aprovechó el momento para huir a todo correr, fundiéndose en la niebla.

Cuando Derek pudo incorporarse y buscarle, ya no dio con su rastro. La noche, la bruma, se habían tragado al maligno ser sin que fuera posible ver por dónde.

Varios policías le rodearon un momento más tarde, haciendo sonar sus silbatos. Conteniendo como mejor podía la hemorragia de su brazo y rostro, Derek les señaló el cercano acceso al callejón.

—Salió de ahí mismo… —jadeó roncamente—. Y se fue en esa dirección después de herirme. Era… era un ser horrendo, monstruoso… Creo… creo que se trataba de Jack el Destripador…

Se pegó al muro para no caer, ayudado por dos agentes. Otros tres corrieron en pos del fugitivo, emitiendo insistentes silbatos, mientras un par de policías más se encaminaban al callejón para registrarlo con sus lámparas.

—Dios mío —le oyó decir Derek a uno de ellos con voz alterada, dentro de la callejuela sórdida y sombría—. Pobre mujer…

Y la voz del otro agente añadió:

—Eh, mira eso… Hay una pipa de arcilla junto al cadáver…

Derek cerró los ojos, resoplando. Ahora sabía que había ocurrido

lo que tanto temía. Otra mujer había sido víctima del monstruo de Whitechapel. Y además, sabía quién era esta vez la desdichada…

# CAPÍTULO 5

El inspector Denham, sombrío, con el ceño hondamente fruncido, contempló los últimos esfuerzos del médico para vendar fuertemente el brazo herido, tras haber aplicado un apósito a la mejilla cortada, luego de ser restañada debidamente la sangre y desinfectados ambos cortes.

—De ésta no morirá, joven —suspiró el doctor con leve sonrisa —. Ha tenido mucha suerte. Un arma tan afilada pudo haberle degollado fácilmente o, cuando menos, cortarle el brazo en dos.

—El señor Edwards es un hombre de fortuna, no hay duda — comentó el policía dirigiendo una ojeada aviesa al escritor—. Se enfrentó al monstruo de Whitechapel y salió con vida. Eso, si es cierto lo que él nos dice, claro.

—¿Qué quiere dar a entender con eso, inspector? —Se le encaró vivamente Derek.

—Nada. Sencillamente, sólo tenemos su propio testimonio para creer en la presencia de ese individuo de cara monstruosa en el callejón del crimen. Cuando los policías iniciaron la persecución, no vieron rastro alguno de nadie.

—¿Está sugiriendo que yo me inventé esa historia y me herí a mí mismo para desviar las sospechas de mi persona?

—¿Por qué no? —El inspector se encogió de hombros—. Podría haber ocurrido muy bien de ese modo, ¿no cree? Una vez cometido el asesinato, se corta a sí mismo y da gritos para que acuda la Policía, ocultando luego el arma homicida debidamente. Así se crea una excelente coartada y despista a mis hombres con toda facilidad.

Derek observó:

—Supongo que eso significa que va a arrestarme acusándome nuevamente de ser el Destripador, ¿no es eso?

—No, todavía no —sonrió torcidamente Denham—. No quisiera que su abogado me pusiera en apuros y la prensa volviera a

burlarse de nosotros por el arresto de un posible inocente. Pero sepa que no me fío de usted, Edwards, pese a su aparente heroicidad de esta noche frente al asesino de Annie «Pipa de Arcilla». ¿Sabe que hay dos testigos al menos que le vieron dar una moneda a esa desgraciada, cosa de media hora antes, en un *pub* de Whitechapel?

El joven asintió:

—Por supuesto: su buen amigo, el doctor Eaton, y el crítico teatral Duncan Taylor. Estaban en el mismo local cuando di ese dinero a la pobre Annie. Estaba muy borracha ya por entonces. Debió serle fácil al asesino acabar con ella, porque aún debió beber unos tragos más en los treinta minutos que transcurrieron desde su salida de aquella taberna y su asesinato en Castle Alley.

—¿Y dónde pasó usted esa media hora, Edwards? Taylor y el doctor me dijeron que se fue con sus amigos, el empresario y la estrella de su teatrillo unos minutos después que Annie.

—También yo me metí en otra cantina, la llamada «El León de Oro», a tomar una cerveza tranquilamente, inspector. ¿Eso es un delito?

—No. Pero «El León de Oro» está muy cerca de Castle Alley, si no recuerdo mal…

—Usted no puede recordar mal eso, inspector —rió Derek, mientras el policía enrojecía ante su insinuación—. Hay quien dice que le gusta mucho visitar los *pubs* del barrio… En efecto, está muy cerca del callejón de marras, pero eso sólo explica el hecho de que, al salir a la calle, oyera gritar a esa desventurada.

El inspector inquirió:

—¿Insiste en que el Destripador era tan horriblemente feo?

—Si era realmente el Destripador, sí. Su cara era espantosa. Pero…

—Pero ¿qué, Edwards?

—No sé. No parecía real. Yo juraría que era sólo una máscara.

—¿Qué clase de máscara?

—Bueno, no sabría decirlo. Tal vez una buena caracterización. O simplemente una careta. Había poca luz, era difícil apreciar si aquello era carne humana o no.

—Usted es hombre de teatro. Debe saber más que yo de esas cosas. Su descripción coincide con la del organillero que vio a la persona que mató a Lizzie Davis, pero eso no significa gran cosa.

Pudo recordarlo y limitarse a repetir parecidas palabras, dando todos esos detalles, para explicar convincentemente su historia, Edwards.

—Veo que no se resigna a apartar sus sospechas de mí. ¿Eso es olfato profesional o simple servilismo a *sir* Francis Gifford, inspector?

—Alguna vez le haré tragar sus palabras, amigo mío —murmuró agriamente el policía, poniéndose en pie con disgusto—. Soy muy mal enemigo, no le quepa duda.

—Yo creo que un policía, si es honesto, sólo puede ser enemigo de los criminales —replicó Derek—. Por ejemplo, de personas, o monstruos, como Jack el Destripador.

—Es que, para mí, usted es Jack el Destripador —dijo secamente Denham abandonando la estancia donde Derek había sido curado por un médico, en el cuartelillo de la Policía de Whitechapel.

—Mi querido Derek, si se descuida usted le cortan a rebanadas la otra noche…

—Así es, señora Prowse —sonrió el joven con buen humor—. Tuve la desgracia de cruzarme con el asesino de Whitechapel, pero al menos no me destripó también a mí.

—Debió de ser una experiencia horrible —suspiró Angharad Prowse con la mirada de sus verdes ojos fija en el brazo vendado del escritor.

—Realmente horrible —asintió Derek—. Lo peor es que no estuve a la altura de las circunstancias. Nunca me perdonaré haber dejado escapar a ese monstruo asesino.

—Él iba armado y usted no. Eso lo justifica todo, ¿no cree?

Él negó:

—No, no todo. Debí desarmarle, no resbalar como un necio cuando menos falta hacía.

—¿Le hubiera gustado ser un héroe muerto en vez de un testigo vivo? —dudó Angharad con una sonrisa burlona en sus gordezuelos labios rojos.

—No, eso no. Me hubiera gustado aprehender a esa fiera sanguinaria, eso es todo.

—¿Cree, realmente, que estos crímenes son obra del Destripador? Hay quien afirma que, después de lo de

Miller's
Court, el de ahora sólo es un simple aficionado que imita al verdadero Jack.

—Pues si es así, su imitación es francamente buena. Las heridas que sufren sus víctimas son de factura muy parecida y hechas con la misma diabólica habilidad y precisión. He podido ver en la Morgue el cadáver de la pobre «Pipa de Arcilla». Sólo una persona muy entendida en anatomía haría cierta clase de cortes. Y no hablemos ya de la mujer descuartizada, la bailarina de nuestro teatro…

—¿Era tan espantosamente feo como dice la prensa en sus comentarios?

—Sí, lo era. Pero yo tengo mis dudas sobre ese rostro. Sospecho que sólo era una máscara, un engaño que ocultaba una faz muy distinta.

—¿Un disfraz, entonces?

—Eso es. Un hombre tan horrible llamaría por fuerza la atención, no podría pasar desapercibido en parte alguna. Pero si es una simple máscara, al despojarse de ella ya no tendrá nada en común con el siniestro personaje visto en Whitechapel.

—Comprendo —Angharad detuvo su paseo por Hyde Park bajo su sombrilla verde manzana, en aquella soleada, tibia mañana del mes de julio en Londres, sin asomo de neblinas por el momento. Miró a su acompañante y luego habló con tono calmoso—: Imagino que no pensará que le he citado hoy en Hyde Park para hablar simplemente de lo que usted ya ha relatado cien veces a los periódicos y a la Policía…

—Supone bien, señora Prowse, pero lo cierto es que tengo entendido que la curiosidad femenina es insaciable —sonrió Derek, mirándola risueño.

Ella no pudo evitar tampoco una sonrisa en su bello rostro, bajo la cabellera color cobre brillante, peinada de forma llamativa. Movió afirmativamente su cabeza, señalando un banco del paseo, donde ambos tomaron asiento.

—Admito que soy tremendamente curiosa —confesó ella—. Pero no le hice perder su tiempo esta agradable mañana tan sólo para hablar de ese horrible caso y de su atroz experiencia del pasado día diecisiete en Castle Alley.

—¿Entonces?

—Tampoco piense que he venido a declararme a usted, por muy guapo y arrogante que sepa usted que es.

—Cielos, nunca se me habría ocurrido esa posibilidad —rió Derek de buena gana.

—Además, no quisiera competir con la señorita Gifford en este terreno.

—Le aseguro que entre Sheila Gifford y yo no hay más que una buena amistad, señora Prowse…

—Vamos, vamos, soy mujer y conozco bien a mis semejantes. Sheila está loca por usted, basta verla y oírla. Si no fuera por su padre, al que teme y respeta demasiado, ya habría caído rendida en sus brazos, Derek, o le hubiera sugerido escapar juntos. Pero le aseguro que, si lo sugiere usted, aceptará a ojos cerrados.

—Creo que está exagerando, mi estimada *lady* Prowse.

—Yo pienso que no. Pero dejemos eso ahora. Ya le dije que no le voy a abordar por cuestiones sentimentales. He estado pensando en algo y he resuelto hablar con usted de ello.

—Bien, la escucho, señora.

—Derek, usted sabe que yo frecuento Whitechapel, que soy asidua espectadora de su obra, lo mismo que su rendida admiradora, la señorita Gifford, aunque no tan entusiástica ni repetidamente como ella.

—Lo sé. La he visto muchas veces en la platea. Me pregunto qué pueden encontrar en mi obra personas como usted o como Sheila. Debo estar de acuerdo en algo con mis más feroces críticos: el libreto es vulgar y de escaso gusto, sólo acoplado a lo que gusta en esa clase de teatrillos.

—Su sinceridad le honra, amigo mío. Pero supongo que Sheila y yo buscamos en esa obra todo lo que nos gustaría oír en nuestro ambiente social: críticas, burlas, parodias de conocidas personalidades muy respetadas, censuras a todo lo malo que se hace en nuestros más escogidos círculos… En suma, todo cuanto la hipocresía de mi mundo actual no permite hacer público en los teatros más selectos, por miedo a provocar escándalo.

—Entiendo. Eso explica bastante las cosas. ¿Adónde quiere ir a parar con todo ello?

—A esto, Derek: me gusta ese barrio, me gusta la gente humilde, aunque no su miseria, tan injusta como irremediable hoy en día.

¿Sabe por qué me gusta todo esto? Porque yo también pertenecí a ese mundo.

—¿Usted? ¿Nada menos que la esposa de *sir* Lionel Prowse?

—Antes de ser esposa de *sir* Lionel, era simplemente Angharad Willock. E incluso el apellido era postizo, amigo mío.

—¿Postizo?

—Sí. A todas se nos ponía un nombre así para ocultar nuestro origen. Yo era huérfana, Derek. Y me crié en un orfanato siendo niña. Un horrible y siniestro orfanato situado precisamente en Spitalfields, donde se nos torturaba y maltrataba más que otra cosa, aplicándonos castigos horribles y enseñándonos la puritana moral victoriana a base de palos y sanciones severísimas.

—Nunca lo hubiera imaginado. Usted en uno de esos orfanatos… —Se estremeció Derek.

—El peor de todos. Se llamaba Centro Infantil de la Trinidad. Eufemístico nombre que ocultaba un recinto tétrico y maloliente donde las niñas sufríamos el peor de los infiernos hasta tener edad de trabajar. Ya ni siquiera existe. Fue demolido en buena hora, tras un incendio que lo destruyó parcialmente hace años.

—¿Por qué ha querido contarme todo eso?

—Porque quería decirle algo al respecto: allí tuve algunas compañeras que tuvieron en su vida mucha menos fortuna que yo. Compañeras que siguieron una vida muy diferente a la mía. ¿Quiere saber el nombre de algunas de ellas?

—No veo con qué objeto…

—Lo verá enseguida —Angharad respiró honda. Sus ojos esmeralda brillaban con una luz especial al resplandor del sol matinal en los jardines del parque—. Le diré, cuando menos, tres de esos nombres de mis compañeras de orfanato en aquellas fechas: Rose Myllet, Alice McKenzie, Elizabeth Jackson…

Derek parpadeó, asombrado. Miró con estupor a su compañera de asiento.

—¡Ellas! Las tres… Lizzie Davis, Annie «Pipa de Arcilla» y Bessie… Son sus nombres.

Ella asintió:

—Así es, Derek. ¿Se da cuenta ahora? No paro de pensar en ello. Y me pregunto por qué…

—Puede ser una casualidad —murmuró el joven, todavía

sorprendido—. Pero aun así, resulta demasiado casual.

—Es lo mismo que yo me digo —asintió ella con energía—. ¿Qué opina de eso?

—No sé… No sé qué pensar. Es tan sorprendente… ¿Eran muchas chicas en aquel orfanato?

—Era sólo para niñas, sí. Éramos al menos cincuenta. No puedo recordar a todas, claro está. Pero sí a esas tres. Había jugado con ellas muchas veces. Y sufrido castigos con ellas también. Nuestro profesor, el señor Lawson, era un ser brutal y sin conciencia, que disfrutaba causándonos sufrimiento.

—¿Volvió a verlas después de los tiempos del orfanato?

—No. Sólo a Bessie en el teatro, de corista. Pero ella no me reconoció. Hay chicas que cambian mucho al volverse mujercitas. Yo era una de ellas. Supongo que también ellas cambiaron bastante, por distintas razones. Pero siempre he tenido buena memoria para los nombres. Cuando los he visto publicados, uno tras otro, he sufrido un verdadero sobresalto.

—No creo que el Destripador conozca su historia para elegir a las víctimas —dudó Derek.

—Ni yo tampoco. Pero no deja de ser curioso, ¿verdad?

—Sí, lo es. Y mucho. ¿Por qué no se lo cuenta a la Policía?

—No me harían demasiado caso. Conozco la mentalidad de gente como ese inspector Denham. O como el propio *sir* Francis. No prestarían la menor atención a un hecho semejante.

—¿Y espera que yo lo haga? ¿Qué cree que ganaremos con ello?

Ella le miró a los ojos.

—No lo sé. Usted me inspira confianza, Derek.

—Gracias, señora Prowse. Al menos, eso me compensa de la desconfianza que inspiro a la Policía —sonrió Derek halagado.

—Le diré algo más, amigo mío —suspiró ella—. Habrá otras mujeres andando por ahí, la mayoría de ellas dedicadas a la prostitución o el delito, que salieron como yo de aquel establecimiento odioso. Me gustaría recordar sus nombres, sus rostros, pero eso no me es posible. Por aquellas fechas, sufrí una dolencia en los ojos, motivada por la falta de higiene en el centro, y sólo recuerdo nombres que nada significan tal vez: Jessie, Frances, Charlotte… Son tres nombres que recuerdo muy bien pero que quizás ahora no utilicen siquiera sus dueñas. Y creo que ninguno

más ya.

—Jessie, Frances, Charlotte… —repitió Derek pensativo—. ¿Por qué esos tres, precisamente?

—Eran amigas mías por entonces. Dos entraron a última hora, cuando yo apenas si veía sombras, con mis ojos llenos de costras y llagas. Aun así, todas nos hicimos muy amigas. Eran tiempos duros, en los que el dolor de los castigos nos unía mucho a unas con otras. Formamos un grupo muy apretado las siete…

—Comprendo. Espero que el asesino no siga eligiendo sus víctimas de ese grupo, señora Prowse. Especialmente, por lo que a usted se refiere, claro está. Aunque vive en un mundo muy distinto, sus frecuentes visitas a Whitechapel pueden ser peligrosas en ese caso…

—Las seguiré efectuando, pese a todo —sonrió Angharad—. No me da miedo nada, créame. Por un temor infundado no voy a dejar mis labores caritativas y mis visitas a su encantador teatro de *vaudeville*, amigo mío.

—Gracias por la parte que me atañe, señora. Pero cuídese lo más posible. Si ese monstruo tiene algún oscuro motivo para matar muchachas que estuvieron en un determinado orfanato, usted podría estar en su lista.

—Correré ese riesgo. ¿Por qué supone que un asesino haría algo así como elegir víctimas que fueron huérfanas?

—No lo sé. Hay maníacos, homicidas que actúan bajo una determinada obsesión o una fobia. Puede que el Destripador sea un huérfano también. O un antiguo inquisidor de uno de esos centros, y siga alimentando odio contra los que fueron niños en un orfanato, no sé. Su revelación, señora Prowse, me ha dejado desconcertado, lo confieso.

—Por favor, Derek, no vuelva a llamarme así —la bella dama puso su mano sobre el brazo de Derek, mirándole fijamente a los ojos—. Si somos amigos, prefiero ser simplemente Angharad para usted, ¿de acuerdo?

—De acuerdo… Angharad —sonrió Derek—. Y gracias por confiarme su secreto pero no veo qué utilidad pueda yo sacar de él…

—Usted conoce bien Whitechapel, goza de la confianza de las gentes de este barrio… Procure averiguar si alguna muchacha se

llamó alguna vez Jessie, Frances o Charlotte… y si alguna de ellas recuerda a otra niña llamada Angharad Willock. Si es así, por lo que más quiera, adviértala del posible peligro que corre.

—Lo haré, tiene mi palabra —repitió solamente Derek, incorporándose—. Pero sigo pensando que debería revelarle todo eso a Scotland Yard.

—Tal vez lo haga. Debo pensarlo. Ahora, adiós, amigo mío. Ya he abusado demasiado de su tiempo, privándolo de tomar sin molestias este agradable sol.

Se apartaron uno de otro, tras una cortés despedida. Derek contempló a la dama mientras se alejaba, resplandeciente su roja melena bajo la sombrilla verde, arrogante y llamativa su espléndida figura, envuelta en un elegante vestido de raso verde. Los caballeros se volvían a su paso, contemplándola con tanta admiración como envidia había en las miradas de las mujeres que con ella se cruzaban por Hyde Park.

—Un orfanato… —musitó Derek Edwards, perplejo—. ¿Qué diablos puede tener eso que ver con Jack el Destripador?

La pregunta, de momento, carecía de toda respuesta lógica.

# CAPÍTULO 6

El cementerio estaba a su izquierda. La estación ferroviaria de Whitechapel a su derecha. Enfrente, Cambridge Heat Road, con los Prados de la Trinidad.

Y en medio, un solar cercado de vallas de madera con pasquines adheridos, la mayoría de ellos arrancados o descoloridos.

—Sí, señor —dijo el sargento Morgan, del cuartelillo de Whitechapel, señalando el lugar—. Ahí estuvo en tiempos Trinity Girls Center, uno de los orfanatos de peor fama de todo Londres.

—Ya —Derek asintió, contemplando el solar, ahora destinado a desperdicios, plagado de cubos de basuras, perros callejeros y cascotes de obras cercanas—. ¿Qué fue de él exactamente, sargento?

—Se incendió una noche —el veterano policía se atusó los bigotes y ajustó algo mejor el barboquejo de su casco al mentón—. Fue un incendio raro. Yo por entonces era patrullero en esta zona. Ya sabe, pateando día o noche las calles. De repente, todo fue pasto de las llamas. Era un caserón viejo, destartalado, la mayoría de madera. Fue fácil pasto de las llamas. ¿Por qué le interesa eso, señor Edwards?

—Una amiga mía estuvo aquí de niña —sonrió Derek evasivo—. Es un problema algo sentimental, simplemente. Me habló de lo mal que lo pasaban aquí las criaturas.

—Uf, debían de pasarlo fatal. Yo por entonces me detenía muchas veces a contemplar sus sucias paredes y sus ventanas polvorientas y rotas, preguntándome cómo aquellas pobres chiquillas desaseadas, mugrientas y con huellas de hambre en sus caritas y sus cuerpecillos huesudos, podían sobrevivir en semejante infierno. De eso hace ya diez años largos, ¿sabe?

—Sí, sargento, eso me dijeron —asintió Derek—. ¿Sabe cómo se incendió?

—Nadie lo supo a ciencia cierta. Se echó tierra al asunto, pero tengo entendido que una de las niñas enloqueció de repente o cosa parecida, y prendió fuego a toda la casa. Si ocurrió realmente así, nunca se confirmó, ésa es la verdad. Pero no me extrañaría, porque luego supe que aquí se torturaba a las desgraciadas criaturas hasta extremos de crueldad inconcebible.

—¿Quién dirigía ese centro?

—Un tal James Larson. Un tipo alto, flaco y huesudo como un esqueleto. Vestía siempre de negro, tenía un aspecto cadavérico y una mirada que nunca me gustó. Era un maestro implacable, feroz, de ideas terriblemente puritanas. Tras el incendio se habló de rehabilitar el orfanato, pero se renunció al final, cerrándose de modo definitivo. Supongo que a las niñas se las trasladó de alojamiento y se olvidó el asunto.

—Ya. ¿Se supo por qué pudo enloquecer una niña hasta el punto de incendiar la casa?

—No. Pero se supone: una paliza brutal o un castigo despiadado. Alguna criatura no demasiado sana mentalmente, se desequilibró más aún con eso y decidió purificar el lugar mediante el fuego.

—Supongo que nunca más se habrá sabido nada del tal Lawson…

—Supone mal, señor Edwards —dijo el sargento, volviéndose a él—. Vive por aquí, precisamente.

—¿Por aquí? —Se sobresaltó Derek, arqueando las cejas.

—Eso es. Se le ve con cierta frecuencia por esas calles. Es un miserable, un ser que paga ahora sus viejas culpas, sin duda. Ocupa un miserable habitáculo en Hanbury, en un *slum* de la peor condición. Creo que recibe una pensión misérrima para sobrevivir, aunque lo que realmente le hace seguir con vida creo que es la ginebra. Siempre se le ve borracho por ahí, señor. Pero no crea problemas, la verdad.

—Hanbury, ¿eh? Allí mataron precisamente a Annie Chapman, ¿no es cierto? [5]

—Sí, señor, allí mismo, en el número veintinueve. Lawson vive en el treinta y dos.

—Es curioso… —Derek hurgó en sus bolsillos y tendió un billete al sargento—. Tome, amigo Morgan, para que se tome esas cervezas a mi salud, como le prometí. Y gracias por su ayuda…

—Oh, no tiene que darme nada, señor Edwards —protestó el sargento—. Yo estoy encantado de serle de alguna utilidad, ya sabe que no comparto las sospechas del inspector Denham sobre su persona, ni mucho menos.

—Lo sé, sargento, lo sé —sonrió Derek dando una palmada afectuosa en las recias espaldas del policía—. Hace tiempo que nos conocemos, lo suficiente como para saber cada cual cómo es el otro. De todos modos, tome esas cervezas. Iría con usted si tuviera tiempo, pero tengo algunas cosas que hacer todavía.

Se alejó, dejando al sargento enfrente del solar que un día ocupara el tétrico orfanato mencionado por Angharad Prowse.

Sus pasos se encaminaron directamente a Hanbury Street.

«El Ancla y la Vela» no estaba demasiado frecuentado durante las horas del día. Sin embargo, cuando caía la noche, casi todos los marineros anclados en el Támesis frecuentaban la sórdida cantina situada entre Hanbury y Brick Lane, en las vecindades del mercado de Spitalfields, hasta que en plena madrugada los cargadores del mercado se entremezclaban con la clientela habitual de las noches.

Derek Edwards pagó al cantinero otra ronda de ginebras, aunque la suya permanecía intacta en el vaso. Sin embargo, su compañero de mesa se la echó al gaznate de un solo trago, sin respirar siquiera. Derek no desviaba sus ojos de aquel hombre astroso, desaseado, de oscuras y gastadas ropas, rostro macilento, huesudas facciones alargadas y ojos enrojecidos por el alcohol bajo una frente ancha y rugosa. Pese al aspecto miserable y digno de compasión del individuo, lo cierto es que James Lawson distaba mucho de inspirar ningún sentimiento de simpatía en los demás.

—Peste de gobernantes… —jadeaba en ese momento, apestando su aliento a alcohol—. Trabaje usted toda una vida para ellos, deles lo mejor de sí mismo, inculque moral y buenas costumbres a la infancia, luchando contra las tentaciones del demonio, y le pagarán con una pensión miserable por el resto de sus días, olvidándole por completo.

—Debe de ser muy duro haber dirigido un centro como el orfanato de la Trinidad, para terminar así en su madurez —apuntó Derek expectante.

El hombre asintió:

—Mucho, caballero. Uno se siente frustrado, engañado,

maltratado por la misma sociedad que le utilizó. Con lo que me pasan, apenas si tengo para mal vivir, para pagarme mi mísera vivienda y comer decentemente unos pocos días al mes… ¿Es eso justo, señor?

—No, no lo es. Me han dicho que dirigió usted con mucho celo el orfanato. Para algunos, incluso cruelmente…

—¡Cruelmente! —repitió con excitación Lawson, congestionándose—. ¡Encima eso! Yo me limitaba a cumplir órdenes, a seguir unas normas. Rígidas, severas, eso sí, normas dictadas por otros, a fin de cuenta. Además, aquellas niñas eran demonios de maldad, verdaderas criaturas de infierno, pecadoras por vocación. Muchas de ellas han debido de terminar en las calles, como mujerzuelas; no valían para otra cosa… La prostitución era el camino ineludible.

—Dicen que usted las torturaba con frecuencia, que un castigo excesivo a una de las niñas provocó el incendio que destruyó el orfanato, Lawson —sugirió Derek.

—¡Mienten! ¡Mienten todos, señor! —rugió el otro, soliviantado —. ¡Ellos no saben nada de nada! ¡Yo tenía que castigarlas porque eran malvadas y rebeldes! Aquella noche, si castigué a una de ellas con dureza, fue porque sus compañeras la acusaron ante mi de algo inconfesable. Y yo… yo resolví aplicarle el castigo adecuado.

—¿Qué castigo era ése? —quiso saber Derek.

—Veinticinco latigazos y encerrarla por una semana en el sótano con las ratas, a pan y agua —explicó casi con orgullo Lawson—. Luego, no sé cómo, debió de escapar del sótano y prendió las cortinas con un quinqué… Maldita niña endemoniada…

—¿Qué pecado cometió, qué clase de falta para merecer eso?

—Algo horrible en una niña de su edad, señor. Un pecado repugnante… —Lawson se inclinó hacia él, humedeciendo repetidas veces los labios con su lengua sedienta. Derek entendió. Le alargó su propia ginebra intacta, que el otro apuró de un trago. Luego, añadió confidencialmente, con voz ronca y malévola—: Lesbianismo, señor…

—¿Qué?

—Aquella criatura era un demonio de perversión. Tocaba a las otras niñas, las besaba con malsana intención… Su sensualidad era maligna. Debía ser castigada.

—Entiendo —suspiró Derek, inclinando la cabeza—. ¿Quién era esa niña? ¿Recuerda su nombre?

—Su nombre… —Se encogió de hombros Lawson—. Nunca recuerdo nombres. He olvidado muchas cosas. Pero no los rostros… Los rostros no, nunca. Pero nombres… ¿Qué es un nombre? Muchas veces se los dábamos nosotros mismos, eran niñas sin bautizar siquiera, sin padres, abandonados a veces en una callejuela por una madre desnaturalizada…

Derek no dijo más. Puso otra moneda en la mesa, incorporándose.

—Tome otra ginebra cuando quiera, Lawson —dijo—. Tal vez volvamos a vernos.

—Ya sabe dónde encontrarme —rezongó el otro—. En Hanbury… o aquí, caballero. Siempre será bien recibido, se lo aseguro.

Edwards no lo dudó. Abandonó la taberna dejando en ella a la piltrafa humana que era el viejo verdugo del orfanato de la Trinidad. Pero cuando ya pisaba la calle, el propio Lawson volvió a asomar a la puerta vidriera gritándole con su voz bronca y aguardentosa:

—Eh, amigo, ¿por qué no averigua más cosas dirigiéndose a nuestro principal protector de entonces, el hombre que hacía frecuentes donativos al establecimiento y lo visitaba a menudo con su esposa, para velar por las necesidades del orfanato? Él podría explicarle detalles…

Derek se paró, mirando curioso al antiguo profesor.

Indagó:

—¿Quién era ese hombre, Lawson?

El otro se lo dijo, para su sorpresa:

—*Sir* Francis Gifford, ese tipo que ahora dirige a la Policía de Londres…

Cayó el telón entre aplausos del público que casi llenaba la sala del Montague Garden Theatre. Jennifer Lodge, la primera figura del espectáculo, saludó desde la escena, sonriente, inclinando su escultural figura morena, realzada por las lentejuelas y pedrería de su breve vestido.

El público empezó a abandonar la sala, comentando los chistes o

canciones picarescas, alusivas a tantas cuestiones candentes de la actualidad local. Derek Edwards también se puso en pie en el palco proscenio, poniendo la capa de pieles a su gentil y rubia acompañante.

—No sé cómo no te cansa ver esto —sonrió—. Debes conocerte la obra de memoria.

—Siempre me divierte lo mismo —dijo Sheila Gifford dulcemente moviendo la cabeza—. Cualquier cosa es mejor que asistir a las reuniones sociales de Mayfair, querido.

—¿Qué dirá tu padre si sabe que has vuelto por aquí contra su voluntad?

—No lo sé, pero lo imagino —rió ella—. Dentro de un año y medio ya no podrá hacer nada por impedírmelo. En febrero del año noventa y uno cumplo los veintiún años, mi mayoría de edad. Podré hacer lo que me guste aun sin su permiso.

—Supongo que eso tampoco le complacerá demasiado. Para él, seguirás siendo su pequeña Sheila, aunque tengas la mayoría de edad legal.

Abandonaron el palco, encaminándose al ambigú del teatro, donde Derek la invitó a tomar un refresco, mientras el local se iba vaciando paulatinamente. Fuera, en la calle, lloviznaba con alguna intensidad y empezaba a caer la inevitable bruma sobre Londres. Los carruajes de alquiler y los coches particulares iban arrancando frente al alumbrado teatro, dispersándose por Whitechapel entre una turba de floristas, pedigüeños, abrecoches y rameras en busca de clientela.

—Desde que falta mi madre, papá sólo me tiene a mí. Resulta lógico que desee acapararme y moldearme a su antojo, pero sabes cómo pienso al respecto. En mi mundo soy una rebelde y en el tuyo una intrusa —Sheila hizo un gesto de resignación—. Por lo que se ve, resulto difícil de encajar en todas partes.

—Aquí eres siempre bienvenida, Sheila. Por cierto, quería preguntarte algo acerca de tu madre, ahora que la has sacado a colación.

—¿Sí? —Sheila le miró, sorprendida—. ¿Por qué, Derek? Apenas la conocí a fondo. Piensa que yo tenía solamente unos diez años o poco más cuando ella murió…

—Sí, eso lo sé. Pero tengo entendido que en vida fue una mujer

dedicada por entero a las obras de filantropía y caridad…

—Eso sí lo recuerdo. A papá le disgustaba mucho que ella estuviera siempre dando dinero a los pobres —sonrió tristemente—. Digno de papá, ¿verdad? Pero mamá lo hacía aun a su pesar.

—Sin embargo, creo que ambos colaboraron en el mantenimiento de establecimientos benéficos, como hospitales… orfanatos… —Los ojos de Derek estaban fijos en ella.

—Es posible —ella se encogió de hombros—. A aquella edad, esos asuntos no me preocupaban mucho, la verdad.

—Sí, lo creo. Dime, Sheila, ¿recuerdas cómo murió tu madre?

—Sí, eso sí —de repente, la muchacha pareció estremecerse, alzó los ojos, que fijó en Derek, con sorpresa y temor, indagando—: ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, alguien me habló hoy de tu madre. Pero no me contó su muerte.

—Fue un terrible accidente. Oscuro y desgraciado. Nunca se aclaró del todo, pero sus circunstancias fueron atroces. Papá nunca lo ha podido olvidar. Yo tampoco.

—¿Cómo sucedió?

—Fue durante una cacería en Suffolk. Habíamos ido allí invitados por unos amigos de mis padres, *Lord* y *lady* Oxley. Durante la carrera, mamá cayó con su caballo sobre un foso donde alguien había dejado abandonado un rastrillo. Se lo clavó en el cuerpo y cuello, muriendo sin remedio. No se pudo hacer nada por ella.

—¿Cómo se pudo olvidar un rastrillo en el curso de una cacería? —se extrañó Derek.

—Nunca lo supimos. *Lord* Oxley removió cielo y tierra para averiguarlo, sin conseguirlo. Sin duda, el autor del descuido se guardó mucho de confesarlo.

—Fue un accidente muy extraño…

—Sí, Derek, mucho —ella le miraba intensamente. De pronto se abrazó a él, de modo inesperado, y él notó que su cuerpecito temblaba—. Abrázame fuerte, Derek. Tengo miedo.

—¿Miedo? ¿Tú? —se extrañó el joven—. ¿A qué?

—No sé. Lo he sentido de repente… A veces me ocurre. Es un miedo a algo que no logro entender. Me ocurre desde que perdí a mi madre…

—Te comprendo. Vamos, te llevaré a casa hoy. Tengo cosas que hacer en el centro de Londres. Me sentiré más tranquilo si te dejo allí, Sheila.

Salieron del teatro, que ya apagaba sus luces. Ninguno advirtió que Jennifer Lodge, desde el pasillo de camerinos, allá al fondo del escenario, cuyo telón se había alzado, mostrando la escena desnuda, les seguía en su camino a través de la platea, rumbo a la calle. Los ojos oscuros y ardientes de la *vedette* llameaban de celos, de despecho…

La lluvia arreciaba fuera. Derek logró dar caza a un coche de punto y subieron ambos, acomodándose dentro. El joven le dio al cochero las señas de los Gifford, en Mayfair. El carruaje partió, rodando a buena marcha sobre el negro empedrado, charolado por el aguacero. Un farolero extinguía los mecheros de gas de las farolas que alumbraban la fachada del Montague Garden.

—Derek, quiero decirte algo —musitó Sheila, apretando contra sí el brazo del joven, dentro del carruaje.

—¿Sí?

—Derek, cuando sea mayor de edad y papá no pueda evitarlo… quisiera ser tu esposa.

—¡Sheila! —Derek se volvió a ella, emocionado y sorprendido—. Bromeas, supongo…

—¿Tú crees que se bromea en cosas así? —Los azules ojos candorosos se fijaban en él con infinita ternura—. Te amo, Derek. Deseo ser tuya, estar a tu lado por el resto de mi vida, sentirme protegida, a salvo de peligros que a veces intuyo, sin saber realmente de dónde vienen… ni siquiera si existen.

Derek la miró directamente a las pupilas. Sus rostros se aproximaban insensiblemente, hasta que sus bocas se unieron. Los labios formaron una ventosa entre sí, se mordieron tierna, apasionadamente…

—Sheila, chiquilla mía… Si sigues pensando así dentro de año y medio, seré el más feliz de los mortales.

—Pensaré así toda mi vida —musitó ella—. Derek, no me rechaces cuando te lo pida.

—Sabes que no podría hacerlo jamás. Te quiero demasiado.

—¡Oh, Derek, vida mía! —Y se aferró a él ansiosa, casi desesperadamente, como si fuera su auténtica tabla de salvación

ante un proceloso, oscuro y siniestro océano, cargado de malos presagios.

FIN

# CAPÍTULO 7

Frances Coles se bajó las faldas con descaro, tras meter en su liga la bolsita donde guardaba las monedas recogidas de manos de su clientela. Acababa de dar satisfacción completa a un caballero más, y ya tenía suficiente dinero para comprarse el sombrero nuevo que tanto deseaba.

Se ajustó mejor su viejo sombrero usado y, tarareando una cancioncilla, cruzó las calles en dirección a la tienda donde le guardaban aquel que ella eligiera, y que el miserable tendero no había querido fiarle aquella misma tarde.

El frío arreciaba en aquella gélida noche de febrero de 1891, y Francés Coles se sopló los dedos repetidas veces, para dar calor a sus ateridas manos. Poco después, tintineaba la campanilla de la puerta del establecimiento, y la mujer, radiante, exigía al sorprendido tendero la prenda anhelada, poniendo sobre el mostrador el resto de la suma.

—Vaya, se te ha dado bien la noche, ¿eh, Nell? —preguntó el comerciante a la pelirroja muchacha, guiñándole un ojo—. Yo podría hacerte una pequeña rebaja también, si entrases en mi trastienda un momento y…

—Que entre su madre, maldito avaro —se irritó la joven, porque joven y bastante agraciada era la tal Frances Coles, más conocida en las calles de Whitechapel y Spitalfields como Nell «Pelo de Zanahoria», por la coloración de su melena. Virtudes esas que no eran frecuentes ni mucho menos entre las mujerzuelas públicas del East End en la época—. Usted deme ese sombrero, cobre su precio y déjeme en paz.

—Está bien, Nell, no te pongas así —rectificó el tendero, poniendo ante ella un bonito sombrero de crepé color malva—. Tu sombrero. Y que lo disfrutes felizmente.

—Eso es lo que pienso hacer, sí, señor —dijo Nell, sujetándose a

la falda con un imperdible su viejo sombrero, para probarse ante el espejo de la tienda la nueva adquisición. Se contempló halagada, dio dos vueltas sobre sí misma y, caminando con cierta gracia, abandonó la tienda sin decir ni siquiera un buenas noches de rutina.

Se alejó mientras de nuevo tintineaba la campanilla de la puerta vidriera. Estaba muy contenta. Sus colegas iban a palidecer de envidia en el *pub* cuando la vieran entrar con aquel nuevo sombrero tan bonito y, además, tan caro. Para algo ella tenía más encantos físicos, y bastante más frescos también, que muchas de sus compañeras de profesión.

La plaza de Swallow Gardens estaba ya próxima. Allí mismo, en el Mint, estaba su lugar habitual de recalado: «El Alegre Bandolero», una taberna ruidosa y muy concurrida. No le quedaba mucho para presumir ante sus amigas de tan lujoso y bello sombrero. Cuando Frances Coles, la popular Nell «Pelo de Zanahoria», alcanzó la plaza, una fuerte corriente de aire frío agitó sus cabellos y estuvo a punto de arrancarle el sombrero del rojo cabello. Se lo sujetó con una mano, gruñendo algo con disgusto, y se pegó a un muro de ladrillos para esperar a que pasara la molesta ráfaga.

Justo en ese momento, el brazo negro rodeó su cuello desde el interior del portal en arco donde se apoyara. Sorprendida, Nell trató de gritar, pero aquel brazo ahogó todo sonido en su garganta, apretándole de tal forma el cuello que sintió un profundo dolor en su nuez. Forcejeó por soltarse, airada, y otro brazo tan negro como el anterior apareció ante sus ojos, rematado en una mano enguantada también en igual color.

Para espanto de Nell, aquella mano empuñaba una larga hoja de acero, ancha y afilada, rematada en aguda punta. Esta vez, pese al esfuerzo del brazo agresor que retenía su cuello, logró emitir un chillido de agudo pánico.

El grito se hizo ronco jadeo de dolor cuando aquel arma golpeó con su filo en los rotundos pechos de la joven prostituta. Una sensación terrible invadió el cuerpo de Nell. Con horror infinito, sus desorbitados ojos vieron escapar torrentes de sangre de sus hendidos senos, a través de los tajos hechos por el acero en sus ropas. Antes de que pudiera modular otro alarido, el arma volvió a golpearla, ahora en el abdomen, hundiéndose la hoja en el mismo como si su carne fuese simple gelatina. Más sangre, a torrentes,

corrió por su falda, salpicó sus botas y chorreó por el empedrado.

Luego, el brazo soltó su cuello. Nell, tambaleante, convulsa, se movió unos pasos, volvió el rostro demudado hacia su agresor. Descubrió aquel horrendo rostro deforme, rugoso y lívido, bajo un negro sombrero de alas caídas, en la sombra del portal donde tan estúpidamente se refugiara. Antes de que pudiera hacer nada, ni siquiera emitir un gemido de agonía, el brazo asesino descargó su furia sobre ella de nuevo, en forma de un mandoble brutal a su cuello.

El arma desgarró carne, piel y huesos con un chasquido espeluznante, que pareció hallar ecos en la gélida plaza azotada por el frío cierzo nocturno. Un torrente rojo brotó de una carótida hendida, y luego pasó a la boca de la desdichada en forma de vómito.

Se desplomó dando una voltereta, para quedar inerme sobre el empedrado, en medio de la plaza de Swallow Gardens, a los pies de una figura fantasmal, enlutada, de amplia capa negra flotante y horrible rostro bajo el sombrero negro.

Tras el crimen, la siniestra forma negra se alejó, con una sorda risita bajo el ala del sombrero, inclinada de nuevo sobre la faz monstruosa, dejando tras de sí aquel cuerpo sin vida, con sus últimos espasmos, y del que numerosos regueros escarlatas iban dibujando una siniestra red entre las piedras del pavimento londinense.

Así fue asesinada en aquel helado febrero de 1891 Nell «Pelo de Zanahoria», una prostituta más del barrio de Whitechapel.

Derek Edwards alzó su copa de champaña.

—Por todos nosotros —dijo—. Por los treinta meses de representaciones ininterrumpidas. Y porque lleguemos con el mismo éxito a los tres años como mínimo.

Jennifer Lodge sonrió, asintiendo. Chocaron las copas. Percy Ryan, el feliz empresario, se unió radiante al brindis. Tras beber el espumoso líquido, los tres se dieron un cordial abrazo.

—Cuanto más feroces son las críticas de Duncan Taylor, mejor va la taquilla —rió el canoso y risueño Ryan con buen humor—. Espero que el próximo éxito lo escribas tú también, Derek.

—No sé si podré hacerlo —confesó el joven—. He recibido una oferta de un teatro de Piccadilly. Quieren algo mío. Tal vez sea el

principio de mi verdadera carrera como autor.

—Comprendo —Ryan le miró, ligeramente contrariado—. Me alegrará por ti, aunque lo lamentaré por mi teatro. Pero, naturalmente, debes aprovechar la ocasión y salir de esto. No vas a estancarte toda la vida en Whitechapel con libretos fáciles. Tienes calidad para mucho más, todos lo sabemos.

—Yo también me alegro, Derek, aunque lamentaré perder a mi autor favorito —suspiró Jennifer apoyando una mano en el hombro del joven—. Sé que llegarás a lo más alto.

—No canten victoria —terció una fría voz desde la puerta del camerino de la *vedette* del Montague—. Creo que todo ese posible éxito de Edwards fuera de este distrito, se debe al rumor de su próxima boda con Sheila Gifford.

Derek se volvió con rapidez. El cínico y altanero Duncan Taylor, el crítico teatral, estaba en el umbral de la entrada, impecablemente vestido de frac, con una capa negra de forro de raso blanco encima y un sombrero de reflejos en su mano. Sonreía insultante, con expresión malévola.

—No mezcle a Sheila en esto —jadeó Derek secamente—. Es por la única razón por la que podría partirle la cara, Taylor.

—Qué tontería —rió el periodista con indiferencia—. Lo sabe todo Londres menos el propio *sir* Francis. La hija cumple veintiún años el mes próximo. E inmediatamente se convertirá en la señora Edwards, quiera su padre o no. Se dice en todos los mentideros, Edwards.

—Me tiene sin cuidado lo que se diga —cortó agriamente el joven—. Lárguese de aquí y no haga comentarios insípidos. Bastante tiene con su viperina pluma, Taylor.

—Como quiera —bostezó el crítico—. Pero no le sorprenda que mañana, en mi crónica, pueda mezclar el posible estreno de una obra suya en Piccadilly con las lógicas influencias de convertirse en el esposo de Sheila Gifford…

—¡Miserable! —Silabeó Derek, perdiendo la calma.

Y disparó su puño contra el rostro risueño de Taylor. Le alcanzó de lleno. El crítico trastrabilló, cogido por sorpresa. Saltó atrás, cayendo en el pasillo de camerinos. Su impecable capa se manchó de polvo y un delgado hilo de sangre brotó de la comisura de su labio.

—Quieto, Derek —rogó Ryan, sujetando a su autor—. No hagas de esto un feo incidente que ese cerdo pueda aprovechar para darnos un vapuleo en su miserable periódico.

Taylor se incorporó despacio, con un brillo de ira en sus labios. Se tocó el mentón dolorido. Al retirar sus dedos manchados de sangre, su irritación creció de grado. No era nada amable su expresión al clavar los helados ojos en Derek.

—Se acordará de esto, Edwards —jadeó—. Destruiré su carrera a poco que pueda.

Y dio media vuelta, alejándose por el pasillo entre el revuelo de su amplia capa.

—Te has ganado el peor enemigo imaginable en nuestro ambiente —suspiró Jennifer.

Derek respondió:

—Al diablo con él. No me da miedo.

—Personalmente, me encantó verle por los suelos —rió el empresario—. Pero temo su reacción, Derek. Es un mal bicho, tú lo sabes.

El joven no dijo nada. En ese momento, tras eludir la salida en tromba del crítico golpeado, al que miró con sorpresa, Sheila Gifford en persona asomaba al camerino. El escritor corrió a su encuentro.

—Querida, me había olvidado de que prometiste venir para unirte a la celebración de los treinta meses de permanencia en cartel —exclamó, abrazándola tiernamente—. Entra, entra, aún queda champaña para ti.

Sheila asintió, sonriente, saludando a Jennifer y a Ryan. Mientras el empresario mostraba su mejor sonrisa a la joven, Jennifer no pudo evitar un destello en sus ojos que no hablaba precisamente de simpatía hacia la futura esposa de Derek.

—¿Qué le pasaba a Taylor? —se interesó Sheila—. Parecía furioso…

—Un incidente sin importancia —dijo Derek—. Quiso agriarnos la fiesta, pero no le fue posible, querida.

Llenó la copa de la muchacha. Brindaron de nuevo, bebieron todos. La muchacha dejó su copa, miró preocupada a los demás y explicó con tono inquieto:

—Cuando venía hacia acá en el coche, vi revuelo en varias

calles. Había mucha Policía, curiosos agrupados… ¿Sabéis si ha ocurrido algo?

—Que yo sepa, no —negó Ryan—. Y espero que sea así. Llevamos casi año y medio sin nuevos delitos con la firma del Destripador en nuestras calles, y eso ha sido bueno para la taquilla. Pero no me gusta lo que dice usted. Cuando hay tanta actividad policial, me preocupa. ¿Dónde ha sido, señorita Gifford?

—Aquí cerca, junto al Mint, en Swallow Gardens y sus alrededores… Iba a preguntar qué ocurría, pero un agente me hizo circular sin perder más tiempo.

—Bueno, ya averiguaremos qué fue ello. Tal vez sólo una de tantas reyertas callejeras —comentó Derek, encogiéndose de hombros, aunque cambió una rápida mirada de preocupación con Jennifer Lodge. Tomó a Sheila del brazo—. ¿Nos vamos? Dentro de poco cerrarán el teatro y ya hemos celebrado debidamente la efeméride.

—Sí, vamos —asintió Sheila risueña.

Se despidieron de Jennifer y de Ryan, dirigiéndose a la salida del camerino. Antes de llegar a ella, se pararon, sorprendidos.

En la entrada acababan de aparecer dos policías de uniforme, flanqueando al propio inspector Oliver Denham. Éste miraba ceñudo a los presentes. Clavó en especial sus fríos ojos en Derek.

—Lamento estropearles la fiesta, señores —dijo con aspereza—. Pero un desagradable deber me trae aquí esta noche.

—¿De qué se trata, inspector? —indagó sorprendido y desconfiado el empresario Ryan.

—No va con usted directamente, señor, pero sí con su teatro —explicó Denham—. Y con alguien muy relacionado con él. Hemos venido a practicar un arresto.

—¿Un arresto? —balbuceó Ryan perplejo—. ¿Por qué? ¿A quién?

—Lo va a saber enseguida, señor —dijo con frialdad el inspector. Se volvió de nuevo a Derek, le puso inesperadamente la mano en el hombro y enunció con solemnidad—. Señor Derek Edwards, le arresto bajo la acusación de sospecha de asesinato en la persona de Frances Coles, alias Nell «Pelo de Zanahoria», cometido esta misma noche en Swallow Gardens.

—Pero ¿qué está diciendo? —masculló Derek, muy pálido,

dando un paso atrás.

—Lo que ha oído, Edwards —remachó ahora la voz del mismísimo *sir* Francis Gifford, apareciendo detrás de los policías y señalando a Derek con un bastón negro de empuñadura de plata—. Apártate de inmediato de ese hombre, hija mía. La acusación formal que pesa sobre Derek Edwards es muy grave: asesinato de una prostituta. Ello quiere decir que se sospecha firmemente que él es Jack el Destripador…

Sheila lanzó un grito ronco de horror, mirando con angustia a su padre desde una faz repentinamente pálida.

—¡Papá, eso es imposible! —gritó—. ¡Derek es inocente, lo sé! Haces esto para separarme de él, ¡estoy segura!

—Nada más lejos de mi ánimo, Sheila, hija mía —dijo gravemente el político—. Ese hombre salió y entró del teatro durante la representación, aproximadamente al mismo tiempo que era asesinada esa desventurada. Fue visto por testigos. Pero eso no es todo. Acaba de hallarse, dentro de ese mismo teatro, el arma del crimen.

E hizo un gesto hacia un agente que le seguía. Éste mostró, para horror de todos, un arma blanca larga, ancha y afilada, una especie de sable tinto en sangre, que sujetaba entre los pliegues de una tela blanca manchada de rojo.

—¡NOOO!

Sheila lanzó un alarido de horror mientras los agentes esposaban a Derek, apartó de un empellón a los policías y a su propio padre y corrió hacia el exterior, como presa de una crisis histérica.

—¡Sheila, hija! ¡Ven aquí! —gritó *sir* Francis—. ¡Vuelve, Sheila, por Dios! ¡No te vayas, escucha! ¡No puedes cerrar los ojos a la realidad!

Pero la joven había desaparecido ya por el fondo del corredor.

La puerta de salida del escenario sonó con seco portazo tras ella.

Derek, demudado, alargó sus manos esposadas y miró firmemente a Denham.

—Haga volver a esa muchacha —dijo con energía—. No permita que deambule por esas calles sola. Yo no soy el Destripador. Por tanto, él anda ahora por ahí fuera… y sería espantoso que en la niebla se tropezara con ella…

Denham le miró con escepticismo, encogiéndose de hombros.

Pero hizo un gesto a uno de sus hombres, que asintió, partiendo en pos de Sheila con paso rápido.

—Usted es el Destripador —insistió Denham, tomando a Derek por un brazo—. Pero no tema por la chica. La traeremos de vuelta aquí sana y salva, *sir* Francis.

La cosa no parecía tan fácil.

Derek Edwards, esposado, rodeado de agentes, salió del teatro a la callejuela lateral, por la puerta del escenario. *Sir* Francis iba con los policías en todo momento. Jennifer Lodge se había quedado sollozando en el camerino, consolada por Percy Ryan, que le aseguraba una y otra vez que el malentendido se desharía, quedando libre Derek en cualquier momento.

—Lo lamento, señor —dijo el policía que regresaba de buscar a Sheila en la brumosa y fría noche del mes de febrero de 1891—. La señorita Gifford no aparece.

—¿Qué? —bramó su padre—. ¡Es preciso dar con ella! ¡Esa muchacha es capaz de cualquier locura!

—No, *sir* Francis —rechazó Derek con voz crispada—. El que es capaz de cualquier locura es el asesino. Sheila es una mujer y va sola por ahí. En cualquier momento puede tropezarse con el Destripador. ¡Tienen que encontrarla de inmediato, sea como sea!

*Sir* Francis le miró, vacilante. Denham parecía preocupado también.

—Avisen a todas las patrullas —dijo éste con voz ronca—. Que den con ella como sea.

—No es suficiente —jadeó Derek—. Tendríamos que buscarla entre todos, inspector.

—Usted no se moverá de ahí. Está arrestado como sospechoso de asesinato, Edwards, no lo olvide —avisó con energía Denham.

Derek le miró furioso. E hizo lo que nadie esperaba. Cargó contra los policías, derribando violentamente a dos de ellos. Luego, echó a correr vertiginosamente, hundiéndose en la niebla.

—¡Vuelva, vuelva aquí! —rugió Denham, sacando su revólver, que disparó al aire—. ¡Vuelva o haré que le cacen vivo o muerto, Edwards!

—¡No deje que escape, inspector! —ordenó *sir* Francis alterado —. ¡Haga algo!

Esta vez, Denham disparó hacia la ya borrosa silueta de Derek,

mientras los demás agentes corrían tras él haciendo sonar sus silbatos. El joven sintió la bala silbando cerca de él. Pero no por eso dejó de correr en medio de la bruma, espesa como una humareda.

Tras él sonaban pasos precipitados batiendo en el empedrado, gritos y silbatos policiales. Todo Whitechapel se conmocionaba para darle caza. Se sintió como el zorro perseguido por la jauría y los cazadores, pero no dejó de correr, escudriñando cuanto le era posible aquellas callejuelas por las que más acostumbraba a transitar en compañía de Sheila habitualmente.

Su instinto no le engañó en esta ocasión tampoco. Momentos después, tropezaba con un tipo medio ebrio, que iba caminando en zigzag por la acera. Le aferró con sus manos esposadas por las solapas, alzándole casi en vilo.

—Hola, Burt —dijo acremente—. ¿Has visto a m, chica? Anda sola por ahí y tengo que dar con ella. Ya sabes quién es, una muchacha rubia, muy elegante… Nos viste muchas veces juntos, Burt…

—Claro, señor Edwards —sonrió el beodo estúpidamente—. La vi, sí señor…

—¿Dónde? ¿Dónde? —apremió él, zarandeándole.

—Allá, cerca de la sinagoga, junto al callejón de la cantina…

Derek soltó una imprecación, abandonando al borracho con un gruñido de agradecimiento, sin hacer caso de la petición de una limosna por parte de éste. Corrió como nunca lo había hecho, en dirección al lugar indicado, uno de los más oscuros y sórdidos de la zona. Mientras atravesaba la niebla como si ésta fuese algo material y pegajoso que le impidiera avanzar con la prisa suficiente, un grito agudo de mujer rasgó la noche, llevando un escalofrío a Derek.

—¡Sheila! —aulló—. ¡Sheila, no, no…!

Aceleró aún más su carrera, con los policías casi pisándole los talones, hundidos en la bruma. Borrosamente, descubrió ante él, en una esquina, a un asustado músico callejero que, dejando de tocar su manubrio, señalo ante él a la impenetrable niebla.

—¡Allí, señor Edwards! —dijo el músico—. ¡He visto a alguien envuelto en una capa negra! ¡Y ha chillado una mujer, una chica rubia que pasó corriendo hace poco…!

Derek, sintiendo el frío de la muerte en sus venas y nervios, se lanzó en tromba hacia el lugar indicado por el músico. Ya no se oía

la voz de Sheila. No vio a nadie ni captó nada, hasta que sus pies, súbita, dramáticamente, tropezaron con algo. Algo pesado, inmóvil, tendido en la calzada…

Se detuvo.

—No, no… —jadeó, descompuesto, trémulo—. No puede ser… Ella no…

Se agachó, tembloroso. Sus manos palparon las ropas frías, mojadas por la humedad de la niebla. Y por algo más…

Retiró los dedos, manchados de rojo al reflejo de una farola próxima. Sintió un espasmo de horror supremo. Alzó del suelo el cuerpo frágil, inerme… Ese mismo reflejo le reveló la cabellera dorada, cayendo en cascada, el rostro inmóvil, pálido, los ojos cerrados…

Había sangre en sus ropas. Y en su rostro y cuello. Algo afilado había rozado su piel, cortándola a la altura de la oreja derecha. El corte también se repetía en su brazo, tal vez al parar el impacto. Miró hacia la niebla, frenético, apretando contra sí a la muchacha, ahogando difícilmente un sollozo en su garganta…

No vio a nadie.

Sólo algo negro, tendido en el empedrado, no lejos de ella.

Avanzó, movió con el pie aquel objeto negro, desparramado.

Era de tela.

Una capa amplia, perdida por alguien…

Pronto estuvo rodeado de policías. Manos apremiantes le quitaron de los brazos esposados el cuerpo de Sheila. Rostros pálidos, como máscaras de cera flotando en la neblina, bailotearon a su alrededor. El músico callejero repetía como una cantinela:

—El hombre llevaba una capa, yo lo vi… Se agitaba en medio de la calle. Luego gritó la mujer… Debía de ser Jack el Destripador. Esta vez no le vi la cara, como la noche en que mató a Lizzie Davis, pero era él, seguro que era él…

*Sir* Francis, mortalmente pálido, se inclinaba también sobre su hija.

Un policía informó:

—Por fortuna no es nada grave, señor… Sólo un corte en el brazo y otro en el cuello… Pudo haber sido mortal, claro, pero ella evitó lo peor. Y el agresor escapó. Gracias a eso salvó su vida, no hay duda…

El inspector Denham miró sombríamente a Derek en la niebla gris, pastosa, helada.

Meneó la cabeza de un lado a otro y cambió una mirada con *sir* Francis.

—Creo que Edwards salvó la vida de su hija, *sir* Francis —murmuró el inspector.

*Sir* Francis afirmó con la cabeza, abatido. No se dijo más.

Luego, el policía fue hacia Derek y se limitó a abrirle las esposas en silencio.

# CAPÍTULO 8

—Ya ha sido trasladada al hospital, cerca de aquí —dijo Denham con un suspiro—. No debe preocuparse, Edwards. La chica está bien, aunque débil. Ha podido hablar. Vio a su agresor. Era un hombre envuelto en la capa negra que hemos hallado. Tenía un rostro horrible, lleno de cicatrices y bultos, deforme y monstruoso, con grandes ojos vidriosos…

—Era él, inspector. El mismo que yo vi, el que vio ese organillero ambulante…

—¿Jack el Destripador?

—Eso parece. Creo que utiliza una máscara para ocultar su verdadero rostro.

—Pienso igual. Tal vez maquillaje, acaso una careta de cera o de goma, no sé. Le hemos perdido de nuevo, pero tenemos al menos su capa. Una prenda tosca, vulgar, que no creo que nos aclare nada. Lamento lo que sucedió, Edwards. Usted tuvo razón.

—Pudo haber costado un alto precio su error y el de *sir* Francis, inspector.

—Lo sé. Pero las evidencias le acusaban, Edwards. ¿Cómo ocultaría el Destripador su arma en el teatro?

—No es difícil entrar, sobre todo si se tiene aspecto de caballero una vez despojado de ese disfraz —dijo tristemente Derek—. Después de matar a Nell ocultó el arma en el lugar más próximo, tal vez pensando inculparme a mí, como sucedió. Lo cual significaría que el Destripador me conoce a mí… y yo a él.

—Curiosa e interesante teoría —admitió Denham arrugando el ceño—. ¿Alguien de ese teatro?

—No lo sé, inspector. Se trata sólo de una divagación, una teoría.

—Bastante plausible, por cierto. Sabía que sospechábamos de usted y reforzó esas sospechas astutamente… El hecho de que

atacara a la señorita Gifford confirma que ninguno de ustedes le resulta desconocido. Aunque eso estropeó su plan de inculparle a usted. Pero imagino que en ese ser es demasiado fuerte la tentación de matar cuando ve a una mujer solitaria cerca de él…

—Esa chica asesinada, Nell «Pelo de Zanahoria», ¿quién era?

—Una prostituta más. Pero joven y bonita, eso sí. Tenía éxito en su trabajo. Se acababa de comprar un sombrero nuevo cuando ese miserable la asesinó… Pobre chica.

—Creo recordar que usted mencionó también su nombre real al arrestarme…

—Sí: Frances Coles. Ya sabe, esas chicas nunca usan sus verdaderos nombres.

—Frances… —repitió Derek, pensativo. Y repitió con lentitud—: Frances, Jessie, Charlotte… ¡Sí, es eso! ¡Es eso; Angharad tuvo razón, inspector!

—¿Qué es lo que está diciendo? —se sorprendió Denham de su excitación.

—El orfanato de la Trinidad… Una vieja y lóbrega historia de dolor infantil, de miseria y de crueldad, inspector. Pero ahora ya no puede ser casual. Una Frances ha sido asesinada, como lo fueron antes Rose, Alice, Elizabeth…

—Sigo sin entender nada. ¿Qué significa todo eso, Edwards?

—Inspector, sospecho que otras dos mujeres peligran seriamente: se llaman Jessie y Charlotte, es lo único que puedo decirle. Y fueron huérfanas internadas en ese siniestro orfanato, desaparecido en un incendio hace diez años… Es preciso dar con ellas a toda costa. ¡Es preciso, inspector! Tal vez sea la primera pista que puede conducirnos a Jack el Destripador en persona…

—Diablo, ¿y cómo quiere que siga esa pista, si ni siquiera sé a qué se refiere?

—Yo sí lo sé. Venga conmigo, vamos a Hanbury, a ver a un hombre llamado James Lawson, antiguo profesor y rector del orfanato de la Trinidad.

Denham le siguió con dos agentes de uniforme. Pero cuando llegaron a casa de Lawson, era tarde. El antiguo verdugo del orfanato pendía de una soga atada a una viga de su mísero cubículo en Hanbury Street. Llevaba muerto varias horas.

—Vaya, parece ser que el hombre en quien usted confiaba para

resolver el misterio del Destripador se ha suicidado… —masculló Denham sombrío, contemplando el cadáver del ahorcado.

—No, inspector —negó lentamente Derek sin desviar sus ojos de aquel cuerpo que pendulaba trágicamente ante ellos—. Mucho me temo que esto no sea un simple suicidio… sino un asesinato en toda regla. El Destripador ha tapado la única boca que podía acusarle tal vez, aunque en esta ocasión haya tenido que variar su técnica asesina…

El funcionario del polvoriento y húmedo recinto miró largamente a su visitante desde detrás del pupitre donde aparecía encaramado.

—Lo siento, señor —dijo negando con su calva cabeza color cera —. No puedo mostrar los archivos municipales sin una orden sellada y escrita… Es el reglamento, ¿sabe?

Derek Edwards afirmó, depositando ante el funcionario dos medias coronas de oro, brillantes y tentadoras, que hicieron al hombre deslizar la lengua por sus labios resecos repetidas veces.

—No tuve tiempo de pedir el permiso —dijo Derek—. Esto creo que compensará sus molestias.

—No lo entiende usted, señor. Es que no estoy autorizado para… —Enmudeció, volviendo a humedecer sus labios cuando Derek añadió una tercera moneda de oro a las otras.

Rápido, se hizo con las tres medias coronas y preguntó:

—¿Qué necesita consultar, señor? Por esta vez, puedo hacerlo sin autorización.

—Muy amable —sonrió Derek—. Deseo ver los archivos relativos a un orfanato desaparecido hace años en Whitechapel, el de la Trinidad, que se quemó entre 1879 y 1880…

—Mil ochocientos ochenta, exactamente —asintió el empleado —. Lo recuerdo bien. Encontrará lo que busca en los legajos de esa época, señor, al fondo de esas estanterías.

Fue una búsqueda incómoda, entre polvareda, papeles viejos y mugre, en aquel recinto de pesadilla. Pero Derek dio al fin con lo que buscaba. Su rostro reflejó estupor ante los datos contenidos. Y se puso en pie, excitado, dejando los legajos sobre la mesa de consulta.

—Dios mío… —dijo roncamente—. ¡Oh, no!… No es posible…

Pero allí estaban los datos, sin lugar a dudas. Angharad Willock

había sido adoptada por una familia pobre de Spitalfields. Jessie cambió de nombre por el de ¡Jennifer Lodge, al abandonar el orfanato y encontrar un trabajo!

—Jennifer… —murmuró Derek—. Ella es una de las niñas del orfanato… Ahora sé por qué Angharad iba tan a menudo al teatro, aunque no quiso decírmelo. Fueron amigas en aquel horrible antro de torturas…

En cuanto a la última niña, Charlotte, el dato final estaba allí bien claro, tremendamente claro…

La pequeña Charlotte había sido asimismo adoptada por una familia, pero en este caso por un matrimonio rico, de la mejor clase social…

Sus padres adoptivos eran *sir* Francis Gifford y su esposa, *lady* Anne Gifford.

Sheila era Charlotte, última niña del orfanato de la Trinidad, tal vez la última en la lista del Destripador…

—Lo siento, señor. La señorita Gifford ha salido del hospital. No, no estaba autorizada aún a ello. Pero recibió una visita y ella se la llevó contra nuestra voluntad. Abandonaron las dos el hospital sin darnos cuenta nadie… Iba a informar ahora de ello a la Policía…

Derek miró desalentado a la enfermera que le hablaba en el viejo y destartalado hospital de Whitechapel donde, provisionalmente, fuera internada Sheila para ser atendida de sus heridas. Un escalofrío sacudió a Derek, que preguntó de inmediato:

—¿Sabe quién fue esa visita?

—Sí, anotó su nombre al llegar, es lo obligado —revisó un libro e informó de inmediato—: Señorita Prowse. La señorita Angharad Prowse…

—Angharad… —musitó Derek, trémulo, preocupado sin saber la causa real.

Salió del hospital lleno de incertidumbres y temores. No sabía dónde buscar a Angharad y a Sheila. Se preguntó por qué la viuda Prowse había sacado a Sheila del hospital sin autorización, como algo clandestino e ilegal.

—No lo entiendo —murmuró—. No puedo entenderlo…

No podía hacer otra cosa que ir en busca de la tercera muchacha del orfanato, aquélla a quién sabía dónde encontrar. Se encaminó

rápidamente a la pensión donde se alojaba la *vedette* del Montague. Ya había caído la noche sobre Whitechapel y el barrio empezaba a ser peligroso. Era domingo y no había función. Jennifer estaría posiblemente en casa a estas horas, pensó.

La pensión, una vieja casa de ladrillos oscuros, estaba desierta en ese momento, a excepción de una criada sorda, que trabajosamente entendió a Derek en su petición. Al fin, pareció enterarse y señaló arriba.

—Primer piso, señor —dijo—. La señorita Lodge vive allí. Ya ha recibido otra visita hoy… Entre todos, no van a dejarme hacer la limpieza…

Se fue, refunfuñando. Derek arrugó el ceño, mirando escaleras arriba. Subió sin perder tiempo. Se encontró en un pasillo con diversas puertas. Eran las habitaciones de los huéspedes. Por fortuna, muchos de ellos habían puesto una cartulina con su nombre en la puerta. Jennifer era una de ellos. Golpeó la madera con los nudillos.

Nadie respondió a su llamada.

Insistió con igual resultado. Tal vez había salido sin enterarse aquella criada sorda como una tapia, pensó Derek. Sólo por simple rutina, tomó el pomo y lo giró.

La puerta cedió, abriéndose un poco con un chirrido de bisagras. Derek arrugó el entrecejo. Volvió a golpear sin recibir respuesta. Le extrañó que en aquel barrio, y con tantos huéspedes bajo un mismo techo, Jennifer Lodge fuese tan confiada como para dejar la puerta abierta en su ausencia.

Empujó decidido, y pisó el umbral. Fue todo lo que hizo de momento.

Un ramalazo de horror le sacudió de pies a cabeza. Incrédulo, estupefacto, conmovido por una sensación de náusea, espanto y desolación, contempló el dantesco espectáculo que se ofrecía ante sus ojos en la habitación de la *vedette* del Montague.

La morena, escultural Jennifer Lodge estaba totalmente desnuda. La habían sorprendido junto a una bañera repleta de agua jabonosa. Ésta salía de la bañera de metal desconchado, mezclándose con regueros de sangre turbia. Jennifer yacía de costado encogida contra la pared, sus abultados y macizos senos cortados casi por completo, colgando del torso en una macabra exhibición tras dos

tajos brutales en los mismos, casi separados de raíz. Sus ingles aparecían cubiertas de cuchilladas hondas, así como su abdomen. Los ojos vidriosos, desorbitados, miraban sin ver al vacío. La sangrienta orgía de crueldad y sadismo en su asesino se había completado con un tajo bestial en su garganta, que iba de oreja a oreja, como una firma inconfundible de la identidad del monstruo autor de tan crimen.

—Jack el Destripador… —jadeó Derek, sintiendo deseos de vomitar—. Dios, ya sólo quedan Angharad y Sheila… pero ¿dónde están ellas dos ahora?

# CAPÍTULO 9

Le resultó difícil hurgar en las pertenencias de la desdichada Jennifer estando ella allí, mirándole con aquellas pupilas vidriosas y terribles desde lo eterno.

Pero no tenía más remedio que hacerlo. Era vital para alguien. Para Angharad, para Sheila… Sus vidas estaban ahora en juego. Y había pocas, muy pocas esperanzas de salvarlas, a menos que mediara un milagro.

Lo revisó todo: cartas, facturas, joyas, ropas, pertenencias íntimas, recortes de prensa, libretos de teatro, partituras musicales… No encontró nada en ello. Desesperaba ya de hallar algo, un indicio que le permitiera seguir buscando, cuando dio con el pequeño libro, medio oculto bajo unas muñecas de trapo, en un cajón de la coqueta.

Miró el título de la portada de piel de aquel volumen: «Diario».

Lo abrió. Estaba lleno de letra menuda, apretada. El Diario de Jennifer aparecía lleno de anotaciones, apuntes y recuerdos que avergonzaron a Derek por su intimidad, por ser algo que sólo a ella pertenecía e interesaba. Le pareció impúdico bucear en ello, pero estaba obligado a hacerlo, le gustara o no. Si en alguna parte existía una posible clave, era en aquellas páginas llenas de impresiones personales de una de las protagonistas de un viejo drama de infancia, dolor y miseria.

Y lo encontró.

Cuando dio con ello, sintió que la sangre se helaba en sus venas. Unas pocas palabras bastaron para que se diera cuenta de la tremenda, impensable realidad.

—Oh, cielos, no… —musitó—. No puede ser cierto… Y sin embargo… lo explica todo.

Sus ojos volvieron a fijarse en aquella frase escrita por Jennifer un lejano día, en una hoja amarillenta de su Diario:

*«Ella es cruel, es malvada… Un monstruo de sadismo y perversión. Lo fue siempre. Desde niña. Ya entonces nos torturaba a todas. Cuanto más la castigaban, tanto peor se volvía. En el último castigo, decidió incendiar el orfanato. Creo que pensaba calcinarnos a todos dentro, pero no tuvo suerte en eso. Sin embargo, juró vengarse de todas nosotras. Sus cicatrices de los latigazos quemaban su espalda. Dijo que todas lo pagaríamos, tarde o temprano. Y yo sé que decía la verdad. Porque era incapaz de perdonar u olvidar. Ella ya estaba mentalmente enferma entonces. Era un mal progresivo, que las torturas y castigos acentuaron más aún. Su belleza ocultaba tanta fealdad del alma. Aún recuerdo con horror cuando salíamos de allí; nos miró a todas las del grupo de amigas y afirmó con maligna sonrisa: "Os mataré a todas. Lo juro. Un día os iré matando una a una, me ensañaré en vuestros cuerpos, los veré sangrar más aún que ha sangrado mi espalda por vuestra delación ante el profesor Lawson… ¡Os destruiré!".*

*»Y supe que lo haría. Estuve segura de ello. Por eso, ahora, yo creo saber, intuir la horrible verdad, imagino quién se oculta tras esa máscara horrenda… Yo sé que ella es el Destripador»…*

De las manos de Derek cayó el Diario de Jennifer Lodge, no lejos de donde el desnudo cadáver mostraba la cera de la muerte en su piel sangrante. De sus labios brotó una frase ronca, entrecortada, trémula:

—Dios… Ésa era la verdad, la espantosa verdad… Ella es el Destripador… ¡Una mujer! Por eso escapó siempre a la Policía… Nadie imaginó nunca… que fuese una mujer la autora de tan atroces delitos…

Por su mente pasó la imagen de Sheila Gifford, abandonando el hospital apoyada en Angharad Prowse, la hermosa viuda.

Las dos mujeres caminando por la niebla, hacia el trágico destino de una de ellas, ignorante de lo que la acechaba…

—No, no… —Tembló de pies a cabeza, tras releer, a distancia, el nombre de la muchacha que allá, en el orfanato, jurara un día vengarse de una delación infantil—. ¡No puede ocurrir! ¡Tengo que evitarlo! ¡Ella no puede terminar su obra de este modo!

Y se lanzó a la carrera fuera de la pensión, dejando tras de sí el cuerpo sin vida de Jennifer, la última víctima del asesino de Whitechapel. Se limitó a dejar un papel escrito con rapidez, en el vestíbulo, pidiendo que avisaran a la Policía. Y corrió a la desesperada, a través de la niebla, hacia el lugar donde su instinto le decía que el Destripador había llevado a su última víctima en esa noche gélida y tenebrosa: el teatro Montague Gardens…

Ella miró con estupor la cara negra, el sombrero de alas anchas, los guantes también negros… Pero sobre todo, con un repentino horror en los ojos, el sable envuelto en trapos. Y la máscara.

La horrible máscara de cera, representando un rostro de pesadilla, la obsesiva faz maligna del monstruo de Whitechapel…

—¿Qué significa eso? —preguntó débilmente—. Creí que la capa y el arma estaban en poder de la Policía…

La otra sonrió, negando con la cabeza. Su voz era calmosa, serena:

—Estás muy equivocada. Tengo dos juegos iguales. Uno oculto aquí, otro en la calle… Es más útil, querida. Así, el Destripador puede usar uno u otro indistintamente.

—¿Cómo has podido saberlo? No logro entenderlo…

—Es fácil, por Dios —rió su interlocutora suavemente, echándose la capa sobre los hombros y cubriendo su cabeza y rostro, tan atractivos, con el negro sombrero y la horrible máscara. Mientras se ponía sin prisas los guantes, añadió con parsimonia—: Imagina por un momento que yo soy el Destripador…

—¿Tú? —La miró despavorida—. Oh, no, cielos. Dime que bromeas…

—¿Bromear? —La risa brotó de los labios femeninos, cálidos y tentadores, con una malignidad impropia de mujer tan bella—. No, querida. Suponte que te digo que, mientras me esperabas aquí, tras haber salido juntas del hospital, yo fui a la pensión donde se aloja Jennifer Lodge, a quién ambas conocemos como Jessie. Ya sabes, nuestra vieja amiga y compañera del orfanato, la que junto contigo, con Rose, con Bessie, con Alice, me delatasteis ante el horrible señor Lawson, provocando aquel castigo que nunca olvidé…

—Estás loca —musitó su interlocutora, trémula—. De eso hace ya más de once años.

—Once años, sí. O más. ¿Qué importa el tiempo? —Los ojos de

la otra mujer ya no eran atractivos, sino fríos y crueles como los de un reptil—. Jennifer también pensó que yo había olvidado. No fue así, querida. Ahora, Jennifer ofrecerá un mal aspecto, con su cuello cortado, los pechos colgando, el vientre y el sexo acribillados a cuchilladas…

—Dios mío, no, no… —retrocedió, aterrada, mirando con pavor a la mujer que confesaba tales horrores—. Dime que bromeas, que es una burla…

—Sabes que no. No intentes huir, querida. Soy muy rápida. Y muy fuerte. Pude incluso con un hombre borracho, lo colgué de una soga hoy mismo… Era el maldito señor Lawson… Él se lo merecía. Además, recordaba mi rostro, al contrario que tú. Me hubiera delatado ante Derek, que investiga. Tuve que borrarle del mapa, como hago con todas vosotras…

A través de la repugnante máscara de cera, los ojos de la asesina eran malignos, perversos y ávidos de sangre. Su mano empuñaba el temible sable de ancha hoja, que agitó siniestramente en el aire con una risa.

—Nadie puede suponer que el nuevo Jack el Destripador, el de la segunda serie sangrienta de Whitechapel, sea una mujer… —se mofó burlona—. Una mujer bella, deseable, atractiva, elegante… Nadie sospechará jamás de mí. Cuando te encuentren aquí, dirán que Jack golpeó de nuevo. Luego, el asesino se hundirá en las sombras del olvido; porque la tarea habrá terminado…

—Estás loca… Rematadamente loca… Lo estuviste siempre… —gimió intentando abandonar el foso del teatro. Le fue imposible. La otra le cerró el paso, soltó un mandoble que hizo silbar furiosamente la hoja de acero en el aire y encogió con terror infinito a la futura víctima—. Eres una enferma, no sabes lo que haces…

—Claro que sé lo que hago. Por eso he estudiado anatomía sin que nadie lo sepa. Tengo conocimientos de medicina que hacen pensar a muchos que el asesino es un médico o tal vez un matarife… —soltó una carcajada que resonó, hueca, bajo la máscara siniestra—. Ahora, terminará mi venganza soñada…

La víctima lanzó un alarido. Alzó su brazo para cubrirse del golpe de su enemiga. El sable en alto comenzó a caer sobre el cuello de su víctima…

Un alarido de supremo espanto escapó de labios de la mujer que

iba a caer bajo el filo mortífero del nuevo Destripador de Whitechapel…

El disparo restalló acre, resonando huecamente en los ámbitos lóbregos del foso teatral, bajo el escenario desnudo y vacío del teatro cerrado.

La bala alcanzó de lleno al monstruo en pleno rostro. Reventó la cera de la máscara en pedazos, chorreó la sangre entre las grietas de ésta, mientras un estertor horrible escapaba de labios del asesino enmascarado. De su mano escapó el arma justo a tiempo, cuando ya casi rozaba la garganta femenina.

Se tambaleó, perdiendo la negra capa en sus movimientos espasmódicos, golpeó un poste de los soportes del foso, y se fue contra la escalerilla de acceso a la concha del apuntador. Los ojos tras la máscara eran vidriosos, desorbitados por el miedo, la ira y el dolor.

Miró con aturdida expresión al hombre que empuñaba el arma en la entrada del foso.

Era Derek Edwards. A su lado, dos empleados del teatro empuñaban barras de hierro, para intentar ayudarle en lo que pudiera suceder. Pero el arma de Derek había acertado en su blanco, salvando la vida de la víctima del único modo posible: cortando la existencia de su agresora.

Trozos de la máscara de cera cayeron del rostro sangrante, perforado por una bala, deformado por la mortal herida y por la sangre de la agonía.

—De… rek… —balbuceó la asesina, alargando sus manos enguantadas hacia él, patéticamente casi—. ¿Por… qué… por qué… tú?

Derek la miró conmovido, pálido pero sereno. Bajó el arma humeante.

—Por Jennifer. Por las demás —dijo roncamente—. No merecías otra cosa. Lo siento. Supe la verdad demasiado tarde… pero aún pude salvar una vida cuando menos. Esta noche iba armado desde que comencé la búsqueda del Destripador. Era intuición. Me alegro ahora de ello. De otro modo, nunca le hubiera salvado la vida, Angharad…

Angharad Prowse asintió, trémula, yendo hacia Derek y apoyándose en él, tambaleante, muy pálida.

Ahora sin máscara ya, grotescamente desfigurada por el balazo en pleno rostro, en medio de la nube de sangre que cegaba su estertor final, la bella y dulce Sheila Gifford, la hija del altivo y poderoso *sir* Francis Gifford, rodó por las tablas polvorientas del subsuelo del teatro donde había conducido a su última víctima al holocausto final.

Ahora sí. Jack el Destripador, al menos el segundo de ellos, había dejado de ser una amenaza para las mujeres de Whitechapel.

Angharad se abrazó a él, estremecida. Derek la confortó, tembloroso también.

—Ha sido muy penoso para mi saber la verdad y tener que hacer esto —murmuró roncamente el joven—. Yo… creo que la quería, realmente. Nunca pude imaginar la verdad. Ahora sé que lo de la otra noche fue ficción pura, que se hirió ella misma, que se puso la capa que ocultaba en un callejón, para ser vista por el organillero antes de herirse y ocultar también el arma… Ella, la que adoptaron *sir* Francis y su esposa… era Charlotte, la muchacha enloquecida, perversa y cruel, del orfanato de la Trinidad.

—Sí, Derek —musitó Angharad, apretándose a él, en medio de sus sollozos de histeria tras la emoción vivida—. Yo no podía reconocerla, recuerde que mis ojos estaban enfermos por entonces… Sólo esta noche, cuando me pidió salir del hospital con mi ayuda y traerla aquí para confesarme algo relativo al asesino, tuve mis primeras sospechas, pero nunca imaginé que ella fuese el asesino… y caí en su trampa.

—Yo también. Hasta que leí su nombre en el Diario de Jennifer Lodge, estuve pensando que usted, Angharad, había llevado consigo a Sheila del hospital para matarla. Y era todo lo contrario…

—Ahora, ¿qué dirá su padre? —hablo Angharad amargamente.

—No lo sé. Supongo que esto le hundirá. Tal vez un día llegue a saber que pudo ser su propia hija adoptiva la que provocó el accidente en que murió *lady* Gifford hace años. Era capaz de ello si la pobre mujer había llegado a intuir su locura peligrosa y quería deshacerse de tan inquietante hija adoptiva… Pero no pensemos ya en todo eso, Angharad. Usted es la que cuenta ahora. Salgamos de aquí. Estos hombres avisarán a la Policía… Necesita ayuda para olvidar este horror, amiga mía.

—Sí, Derek —murmuró la hermosa dama, aferrándole con

fuerza—. No me deje, Derek. No me abandone ahora. Le necesito. Le necesito mucho…

—Descuide. No la abandonaré —prometió él.

Y salió con ella del escenario de la tragedia final, pensando que no era una tarea ingrata ayudar a aquella mujer a olvidar el sangriento retorno de Jack el Destripador.

FIN

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.

# NOTAS

[1] El segundo gobierno de Salisbury se inició en 1886 y terminó en 1892. (N. del A.). < <

[2] *Sir* Charles Warren fue el alto comisario de Scotland Yard que fracasó en la búsqueda e identificación de Jack el Destripador, dimitiendo de su cargo en noviembre de 1888 por esos repetidos fracasos. < <

[3] Nombre familiar dado al Hospital de Saint Bartholomew de Londres, centro médico de prácticas para los nuevos graduados. (N. del A.). < <

[4] Rigurosamente cierto. < <

[5] Segunda víctima del Destripador en su primera serie, la que se considera realmente suya sin lugar a dudas, hallada la mañana del 8 de septiembre de 1888. (N. del A.). < <